

Fiamma

Caeruleum



Capítulo 1

1. ¿A trabajar o a divertirse? Ah, es lo mismo

Cuando una mujer tiene que huir de su depredador, no se lo piensa dos veces, ni siquiera una. Lo primero que hace es tomar la primera oportunidad que se le presenta y corre sin mirar atrás, tampoco le deja lugar al arrepentimiento o al vacilamiento, porque un segundo de duda te puede costar la vida. Si lo sabré...

Yo aproveché dos oportunidades de un tiro: primero, que después de una obediente década de esclavitud sexual, Valentino por fin comenzó a confiar en mí, empezando por encomendarme pequeñas cosas que cumplía al pie de la letra; hasta que un día me entregó un mensaje que debía ser entregado a un hombre a quien no se me permitía conocer. Claro que, su confianza no fue cien por ciento sincera —tal y como él me había dicho—, y aunque él jamás me comentó nada, yo sabía que dos de sus hombres me seguían como la sombra para corroborar que cumpliera las órdenes que se me encomendaban, hacía tiempo que yo ya los había notado, por lo que ya sabía más o menos a qué distancia se detenían y cuánto tiempo me dejaban estar fuera de su vista —que eran nada más y nada menos que cinco minutos—, por lo que, cuando me escapé, ya sabía exactamente qué hacer y a dónde correr.

El destino no lo sabía, lo único que tenía planeado era irme de Italia. Entre tanta adrenalina e impulsos apresurados, ni yo sé cómo, acabé en Argentina. Lo único que recordaba era que me había colado en un crucero y que una pareja de ancianos me había propuesto ocultarme en su cuarto a cambio de que los atendiera como una sirvienta. Acepté, claro, ¿qué otra opción tenía? Era la única opción que tenía para salir de Italia sin que nadie lo supiera. Además, ya me habían obligado a hacer cosas peores: atender a dos ancianos indefensos a cambio de que me ocultaran, era como comer una pizza con piña regalada —como buena italiana, consideraba la pizza con piña una ofensa—.

Cuando el crucero finalmente arribó a las costas de Mar del Plata, los ancianos habían quedado tan conformes con mi atención y obediencia que me propusieron quedarme en su apartamento a cambio de que lo limpiara todos los días e hiciera los quehaceres de la casa. Yo, hiper contenta que iba a tener un hogar muy lujoso a cambio de algo que era mucho más agradable que tener sexo desagradable con hombres asquerosos y desconocidos, acepté encantada. Además, tuve la suerte de que eran unos ancianos muy buenos y simpáticos que disfrutaban de las salidas al aire

libre, por lo que estaba sola la mayor parte del tiempo en el apartamento que tenían —según me contaron— hace veinte años y a cincuenta metros de la playa Marplatense.

—Tú también deberías salir, querida, eres muy joven para estar encerrada todo el día —me sugirió Amanda, la anciana, mientras se calzaba unas sandalias plateadas.

Amanda era una anciana de setenta y dos años, muy bien físicamente para la edad que tenía. Era muy independiente, espontánea y divertida, y no le tenía miedo al paso del tiempo, es por eso que tenía su cabello completamente blanco y suelto, el cual le llegaba hasta sus huesudos hombros. Era delgada y no tenía nada de curvas, pero se conservaba muy bien. Era capaz de hacer todo lo que yo hacía en el hogar, sólo que prefería dedicar ese tiempo a salir y a divertirse. Era una persona de clase alta que nunca acostumbró ensuciarse las manos, sino a disfrutar de su dinero.

—Teníamos un trato —le recordé con un tono replicativo—: yo me quedaba en su casa a cambio de que limpiara e hiciera las tareas diarias.

Amanda lanzó una sonora carcajada.

—Sí, lo recuerdo perfectamente, Fiamma, pero eso no significa que no puedas salir o tener una vida propia, normal a tu edad. Con mantener la casa limpia y en orden, es suficiente, no hace falta que te quedes encerrada limpiando cada capa de polvo que se hace.

—ah, ¿sí? Pensé que...

—Qué ¿pensaste que te quería de esclava? —carcajeó y cerró los ojos, haciendo la cabeza hacia atrás—. No, tonta. Ahora ve, arréglate y sal un poco. Ya llevamos tres días aquí, deberías conocer la ciudad. Estamos en unas de las zonas más concurridas y bellas. Disfrútalo.

—De hecho —intervino Oscar, el esposo de Amanda; tan simpático y divertido como ella, no me era de extrañar que durasen tanto y aún se amaran como el primer día. Eran tal para cual—, darán tragos gratis durante una hora en el bar de la esquina, a partir de las doce. —Amanda volteó bruscamente la cabeza y lo miró con una ceja arqueada.

—Ese es un bar muy vulgar. Solo se ven hombres entrando —le reprendió, notablemente molesta.

—Yo creo que sería un buen lugar para empezar a conocer la zona. —Se encogió de hombros y volvió a la sala. Amanda se volvió hacia mí.

—Yo te recomendaría que vayas a caminar a la playa, seguro algún hombre decente se te acercará, eres muy bella, sólo te falta sonreír. —Me guiñó un ojo y se puso de pie, tomó su bolso de marca italiana y se fue con una expresión más relajada. Amanda era una experta en enfadarse y al segundo volver a estar contenta. A Oscar, por otro lado, le encantaba hacerla enojar, decía que era divertido. Eran como dos mejores amigos adolescentes.

Me reuní con ellos en la sala, cerca de la salida.

—Suerte, y no beban mucho —les sugerí en broma.

—Tú bebe mucho y vuelve tarde —me ordenó Oscar con una sonrisa traviesa, y dejó quinientos pesos dentro de la lámpara que estaba sobre una pequeña mesa rectangular cerca de la puerta. Abrí los ojos y negué con la cabeza, pero él me ignoró. Amanda ni siquiera lo notó, estaba colocándose su tapado de piel negra.

—Nos vemos querida, y hazme caso, ve a la playa si quieres encontrar algo decente y lindo —me aconsejó Amanda, y no pude contestarle, cerró la puerta tras ella.

Me dejé caer en el sofá doble que había frente a la chimenea de mármol y dejé descansar las cuatro extremidades, haciendo la cabeza hacia atrás y dejando reposar el cuello en el respaldo. No me gustaba relajarme delante de ellos, quería que vieran que cumplía al pie de la letra nuestro trato. Aprovechaba a descansar y a ver la TV cuando ellos no estaban, o a veces ponía música mientras limpiaba, pero ahora no tenía nada que hacer. A esas horas, cuando comenzaba a esconderse el sol, ya tenía todo limpio y no tenía nada útil que hacer. Cómo limpiaba todos los días y toda la mañana y tarde, a partir de las siete ya no tenía nada que hacer. A veces antes, pero siempre lograba encontrar algo que hacer. Ahora, sin embargo, no tenía absolutamente nada que limpiar u ordenar.

Me puse de pie de un salto y me metí en la ducha que había en mi cuarto. El apartamento era enorme, con tres habitaciones que tenían su propio cuarto de baño. Nunca había tenido nada parecido, estaba acostumbrada a compartir el baño hasta con cinco chicas a la vez. Al principio me resultó incómodo tanta privacidad y soledad, pero a un día después de habernos instalados, ya me había acostumbrado. No había nada mejor que la privacidad, y más aún rodeada de lujos y comodidades.

Diez minutos después, salí del baño envuelta en un toallón blanco y grueso, y otro en mi cabellera. Si les soy sincera, la verdad es que me moría por salir y disfrutar de la ciudad en cuanto llegué, y sabía que podría haberlo hecho, pero intenté resistirme. No me haría bien estar cerca del alcohol o gente con malos hábitos. Quería desintoxicarme y tener una vida decente como nunca antes había podido, pero no era una

vida decente estar encerrada limpiando. Al menos, pensé, podía intentar salir y conocer a gente decente que me enseñara a divertirme y hacer cosas decente. Ahora tenía una nueva vida y por fin podía vivirla como siempre había querido y soñado, solamente tenía que escoger un camino correcto, personas correctas, lugares correctos... Tenía que intentarlo. Mi anterior vida no podía perjudicar lo que quería en el presente.

Me acerqué al placard empotrado que tenía frente a mi cama y lo abrí de par en par. Cómo había escapado sin nada, Amanda y Óscar decidieron regalarme algo de ropa que me permitieron escogerla por cuenta propia. Había escogido ropa sencilla y decente: vaqueros básicos, camisetas de cuello redondo y pequeño, tops de tirantes sin mucho escote, short tiro alto y no muy cortos. Todas prendas para andar entre casa o salir a la playa, nada sexi o provocador, nada escotado o que dejara poco a la imaginación. Vida nueva, ropa nueva y diferente.

Finalmente opté por un top ajustado y con un escote pequeño en V y un jeans corto y tiro bajo. Me sentía rara con tanta ropa, pero a la vez tenía la sensación de que así estaría normal, como una joven de veinticinco años normal.

Salí del apartamento, cerrando la puerta con llave. Al mismo tiempo, salió un joven del apartamento de al lado, con su cabello dorado húmedo, quedando de un color cobrizo. En cuanto me vio, sus ojos celestes se me quedaron viendo. Iba a continuar caminando cuando me preguntó, con un tono apresurado:

—¿Camille?

Me giré en redondo y me lo quedé viendo, perpleja. Luego me apresuré a aclararle:

—Me llamo Fiamma.

El muchacho arrugó la frente y se quedó pensativo, mirando al suelo de azulejos blancos. Parecía confuso. Cómo supuse que ya no había más nada de qué hablar, llamé al ascensor y entré en cuanto subió y sus puertas se abrieron. El chico se apresuró a entrar conmigo.

—Lo siento, te confundí con la hija de los Gonzáles... —me dijo, y volteó para mirarme de frente. Por el rabillo del ojo pude ver que extendió una mano para saludarme. Vacilé un momento. Creo que desde la niñez que no saludaba a un hombre.

Me giré para quedar frente a él y le di la mano. Su apretón fue amigable pero firme. Una vaga sonrisa se encorvó en su bronceado rostro.

—¿Te refieres a Óscar y Amanda? —le pregunté.

—Sí, los padres de Camille. Ella y yo fuimos... muy cercanos durante muchos años; pero una noche, de la nada, me dijo que se tenía que ir a vivir a otro país. Quise negarme pero al otro día se marchó y no supe más de ella. Le pregunté a sus padres, que vienen a pasar el verano aquí todos los años, pero se negaron a decirme. Camille prácticamente desapareció. Su teléfono está fuera de línea y no responde a ninguna de sus redes sociales.

Lo que me contaba aquél muchacho me hizo poner la piel de gallina, era como si estuviera contando mi historia.

—Lo lamento —fue lo único que me atreví a decir. Él sonrió, medio avergonzado.

—No, lo lamento yo. No sé porqué te conté todo eso. Seguramente te esté metiendo miedo en vano y Camille solo se desapareció para no saber más nada de mí. Muchas personas lo hacen, ¿no?

«No lo sé, pero a mí me huele mal la historia que contaste»

—La verdad es que siempre hay un porqué, y si no lo hay, entonces es porque no es bueno y por eso lo ocultan —solté. El muchacho giró bruscamente la cabeza hacia mí, con los ojos bien abiertos.

—¿Crees que le pasó algo malo a Camille? ¿Sabes algo? —me preguntó alarmado.

—Eh..., no, no lo sé. Yo ni siquiera sabía que los Gonzáles tenían una hija. De hecho pensé que no habían tenido hijos nunca... En el apartamento, las únicas fotos que hay son de ellos dos en varios lugares turísticos del mundo.... —El muchacho frunció el ceño, pensativo.

—Eso es raro. Recuerdo que la única vez que entré a su apartamento, tenían más de cinco fotos de ella... —murmuró. Ambos nos sobresaltamos cuando las puertas del ascensor se abrieron en la planta baja, iluminada por luces blancas e intensas.

—Joder... que susto. —Reí. Él también sonrió y ambos salimos del ascensor.

—Por cierto, me llamo Benjamín.

—Pues un placer, Benjamín —le respondí.

Noté que iba a decirme algo más, pero me apresuré a salir y a cruzar la calle. La playa estaba tan cerca que podía verla fácilmente. Caminé

ligeramente hasta que mis pies finalmente se hundieron en la cálida arena. La playa estaba más llena de lo que creí, pero no donde estaba yo, que había poca iluminación. Permanecí mirando el mar y las estrellas durante al menos quince minutos, hasta que dos mujeres pasaron por al lado mío y se detuvieron frente a mí.

—Hola, ¿tendrías un encendedor que prestarnos? —me preguntó la de cabello anaranjado y lacio hasta la diminuta cintura, levantando su mano y dejando ver un cigarrillo apagado. La otra, de cabello rubio platinado, estaba inmersa en la pantalla de su iPhone.

—No, lo siento... —le dije. La mujer suspiró y se sentó en la arena con las piernas dobladas. Me senté junto a ella.

—¿De dónde eres? Tienes un acento raro —me preguntó, al mismo tiempo que guardaba el cigarrillo en su bolso.

—Ah... de Europa —trastabillé. Lo mejor sería no andar revelando mi identidad. La mujer rió, extendió las piernas y apoyó las palmas en la arena, detrás de su espalda, y dejó colgando la cabeza hacia atrás.

—Me agrada la gente reservada, eso dice mucho, aunque no lo creas —me comentó.

—¿Qué crees que dice? —la desafié. La otra mujer se sentó a mi izquierda, quedando yo en el medio.

—Dice —intervino la de cabello rubio platinado, guardando el celular en su chaqueta de cuero negro—, que eres desconfiada y que quieres reservar tu identidad por buenas razones. Seguro tuviste una vida dura. Lo delata tu seguridad e inseguridad, que ya aprendieron a convivir juntas.

Me la quedé viendo, quizás más asombrada de lo que pretendía. La de cabello anaranjado comenzó a reír a carcajadas.

—Ignorala. Hoy no está de humor y no quiere que nadie lo esté —me indicó.

—Como sea, se hace tarde, Franchesca —le indicó la de cabello platinado a la otra.

—¿Quieres venir? No pareces que tengas nada mejor que hacer —me propuso, poniéndose de pie y tomando mi mano para ponerme de pie.

—¿A dónde? —pregunté intrigada.

—A trabajar.

—A divertirnos —dijeron las dos al unísono. Las miré con una ceja arqueada a ambas. La de cabello rubio platinado la fulminó con la mirada a la otra.

—Franchesca, vamos a trabajar —le corrigió.

—Para mí es más que un trabajo, es la diversión de mí día a día, Nataly.

Nataly, la de cabello rubio platinado que ahora tenía un nombre —muy bonito por cierto—, resopló y comenzó a caminar ligera sin esperar a su amiga. Franchesca me tomó de la mano y me llevó con ella, siempre manteniéndose a un metro de distancia de su amiga, seguramente para darle tiempo a que se le pase la cólera.

—¿Cuál es su trabajo? —quise saber. Ella sonrió con picardía, encantada por la pregunta, seguramente.

—Ya lo verás.

Capítulo 2

2. Café negro: como su alma, su cabello y su traje

—¿Trabajan aquí? —le pregunté con una voz queda, mientras miraba atónita el lugar: estábamos de pie frente a la puerta del bar de la esquina del edificio en donde vivía, el mismo que me había recomendado Óscar.

—Sí, y sé que de afuera parece un asco pero, literalmente, en las profundidades se encuentra lo bueno —me respondió Franchesca, tomándome nuevamente de la mano y llevándome dentro. Por el rabllo del ojo vi cómo Nataly negó reprobatoriamente con la cabeza.

El bar era mucho más alargado y espacioso de lo que parecía por fuera. A diferencia de otros bares, en ese no había enormes ventanales de lo que se pudiera mirar para afuera o dentro. Parecía ser un lugar reservado y con antigüedad, con su ancha barra de roble y sus butacas sencillas de madera a lo largo de la barra. Había varias chicas sirviendo bebidas con un top mega corto, ajustado y escotado y una minifalda negra que no dejaba nada a la imaginación.

—¿Son... meseras? —intenté adivinar. Franchesca negó divertida.

—Somos más que eso —me aseguró con un tono engreído. Aún con su mano agarrada a la mía, me llevó hasta el final del bar donde golpeó una puerta metálica y susurró algo que no pude oír. La puerta se abrió de inmediato, dejando a la vista a un hombre musculoso y calvo con un reluciente traje negro. Se hizo a un lado y nos dejó pasar a las tres, como si fuéramos conocidas de toda la vida.

En cuanto entramos, no pude ver más que oscuridad y varios reflectores de colores radiantes que me encandilaron la vista. Una música lenta y sexi me penetró en los oídos, dejándome casi sorda. Poco a poco mis ojos y mis oídos se fueron adaptando al ambiente, y finalmente pude ver de lo que se trataba, de lo que era aquel sitio.

Un burdel.

Me giré bruscamente para salir por dónde entré, pero choqué con el cuerpo de Franchesca, quien me sujetó de los hombros y me miró preocupada.

—Debo irme —le dije alarmada, nerviosa.

—Pero, ¿por qué? Si es solo un club privado —me explicó con un tono paciente, luego frunció el ceño y me miró con más atención—. Te has dado cuenta de que es un burdel... ¿cómo? Se debe vivir en uno prácticamente para reconocer uno a simple vista... ¡No! ¿Acaso...?

—Ya basta, suéltame —le espeté, apartándola de un empujón. El guardia de seguridad me abrió la puerta en cuanto me vio y la cerró en cuanto la crucé. Estaba saliendo del bar cuando sentí que una persona corría detrás mío. Cuando quise doblar en la esquina, una mano me agarró de la muñeca y me hizo frenar en seco. Me volteé. Era Franchesca, con la cara roja y la respiración agitada.

—Diablos, no estoy acostumbrada a correr —dijo entre jadeos. Intentó regular la respiración, y luego de dos minutos, agregó—: sí, es un burdel, pero no el típico burdel que seguramente conoces por tu expresión... En este burdel, las mujeres decidimos qué hacer y hasta donde, nadie nos falta el respeto ni nos toca sin nuestro consentimiento. Los guardias no sólo cuidan el club, sino a nosotras. Hay más de veinte guardias en todo el club, algunos incluso en cubierto.

—¿Por qué me estás explicando todo esto? —exclamé confusa.

—Porque al ver tu rostro de espanto, sentí la necesidad de aclararlo... Mira, solo te llevé porque te vi cara de triste y aburrida, pensé que podrías divertirte bailando con nosotras o tan solo bebiendo. Mi intención no era otra.

No supe qué responderle, pero ya no quería irme corriendo..., al contrario, me daba curiosidad lo que me contaba y apenas podía creerlo. ¿Un burdel que respetaba y cuidaba a las mujeres? ¡Era como creer en el príncipe azul!

—Debo irme... —le dije, con un tono frío. Necesitaba aclarar la mente.

—¿Por qué no vienes y lo ves por tu propia cuenta? —me propuso con un tono desesperado—. Te sientas en un lugar, ningún hombre va a molestarte. Todos los hombres que están allí conocen las reglas y las cumplen al pie de la letra. Es un lugar cien por ciento seguro. Anda, tendrás bebidas gratis y amigas nuevas —me suplicó sonriente y tomándome de las manos con cariño. Era extraño que dedicara tanta confianza cuando ni siquiera nos conocíamos.

—¿Por qué eres tan amable e insistente conmigo?

Franchesca resopló con melodrama.

—De acuerdo, te vi limpiarte las lágrimas cuando pasamos por detrás tuyo. Nataly ni siquiera lo notó. Tampoco quise decírselo, ella es... muy fría. Yo sin embargo soy muy empática, en especial por mi género. Si te invité al burdel es porque sé que la vas a pasar bien, aunque no vayas a tener nada con un hombre. Allí todas las chicas nos tratamos bien y somos súper compañeras. Anda, vente —me pidió como una niña de cinco años. Ladeé la cabeza y me lo pensé por un instante. ¿Por qué iba a mentirme? Es decir, el guardia abrió la puerta en cuanto vio que iba a salir. No parecía ser un lugar en donde me vayan a secuestrar y obligar a hacer cosas. Al menos ir con Franchesca y hacer nuevas amistades sería mejor que quedarme sola y llorar por cosas del pasado.

—De acuerdo, pero solo un rato —le advertí con un tono serio. Franchesca sonrió de oreja a oreja mostrando todos los dientes y me jaló de la mano devuelta al bar.

Cuando cruzamos la puerta metálica, el club ya estaba en pleno auge, abarrotado de hombres medio ebrios, no tanto la verdad, lo cual me sorprendió.

—Mira, puedes sentarte en este sofá. Atrás tuyo hay un guardia, yo le diré que te vigile y te traeré algo de beber, ¿que quieres? Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Fiamma y..., no sé. Algo que tenga poco alcohol y sea rico —vacilé. Franchesca asintió sonriente y se fue caminando ligero a una mini barra donde servían tragos. Tomé asiento y esperé mientras contemplaba el escenario que había en frente, al final del club. Todos los asientos apuntaban a él y los hombres parecían ansiosos esperando seguramente algún show o baile erótico. Seguramente mujeres bailando el caño o haciendo striptease desnudas.

El lugar estaba bastante lleno, y todos parecían hombres de dinero, gente importante que no le gustaría que alguien supiese que iba a aquel sitio a pagar por sexo. Me llamó la atención un hombre en particular, uno que estaba sentado bien en el centro, en un sofá doble carmesí de terciopelo en forma de media luna. Llevaba un traje que disimulaba lo suficientemente bien su cuerpo atlético y joven, pero como estaba sentado con los brazos hacia atrás, apoyados en el respaldo, podía notar los músculos haciendo presión en el traje. Su cabello negro azabache apenas se distinguía entre la oscuridad. Su expresión era seria, intimidante y dura. Quizás tenía alrededor de treinta años.

Me sobresalte cuando una mano se apoyó con delicadeza en mi hombro. Volteé alarmada y me encontré con el rostro de Franchesca, que acababa de mirar al hombre que había estado observando detenidamente como

una boba.

—Él es Dante Moretti —me dijo al oído con tono confidente—, un magnate italiano que se mudó a Argentina hace unos cinco años. Nadie sabe nada más que eso de su vida privada. Es muy misterioso y, por momentos, espeluznante.

—Creo, que solo es un niño rico que quiere parecer más interesante de lo que realmente debe ser —comenté con seguridad. Conocí a muchos hombres iguales a Dante Moretti. La mayoría parecía querer ser esa persona que aparentaban constantemente, pero en el fondo, resultaban ser lo contrario.

Franchesca me miró curiosa.

—Yo creo que él sí es lo que aparenta.

—Nadie es lo que aparenta. Mírame. —Y eso hizo Franchesca.

—Te ves adorable con esa ropa. Es la que yo uso para ir al supermercado de la esquina de mi casa —me dijo burlona. Se incorporó derecha cuando una mujer morena de caderas anchas y cabello castaño claro se acercó a ella y le susurró algo al oído—. Tengo que irme, está por empezar el show —me dijo con un tono ansioso.

—De acuerdo, ve, aquí te espero —le dije, y se fue en compañía de la mujer morena.

Volví discretamente —o al menos lo más que pude— la mirada a mi derecha, en busca de un cabello lacio y negro, pero me decepcioné al no verlo. Dante Moretti ya no estaba. Me preguntaba si era de los que sólo miraban o de los que pagaban por la mejor chica.

De repente, la música frenó y un reflector grande y blanco se encendió y enfocó en el centro del escenario, ocupando casi todo el espacio y dejando a oscuras únicamente las esquinas. En el centro del escenario había un caño que se perdía en el techo alto y abovedado. Era plateado y reluciente. Una música suave y sexi comenzó a sonar al mismo tiempo que un telón rojo se iba abriendo poco a poco, lentamente, a medida que el ruido de unos tacones contra el suelo de madera iban aumentando cada vez más y más, hasta que una figura alta y esbelta emergió de entre la oscuridad y se posó en el centro del escenario.

Era una mujer sumamente bella, con las facciones del rostro pequeñas, puntiagudas y delicadas. Su piel, tersa y ligeramente bronceada, brillaba como si fuera cera. Lo que más destacaba en ella era su cabello rubio platinado, casi blanco con tanta iluminación, largo hasta sus perfectas caderas. Llevaba un corsé bordó, muy ajustado en su cintura de avispa, y

unas medias de red ceñidas a sus largas y tonificadas piernas. Esa mujer parecía ser mucho más que una modelo europea —las cuales eran bellas como un ángel, pero delgadas como un esqueleto viviente—, parecía una mujer tallada a mano, creada para gustarle a todo el mundo, seas mujer u hombre. Aquella mujer era tan bella, voluminosa y atrayente, que no podías dejar de contemplarla.

La música se detuvo de golpe y ella colgó una de sus largas piernas alrededor del caño, cuando la música volvió a sonar, ya estaba balanceándose en él, subiendo y bajando, dominándolo como si hubiese nacido con un caño en su cuna. Apenas parecía hacer fuerza, sus facciones no se tensaban, lo único que se movían eran sus músculos al hacer presión sobre el caño. Todo su cuerpo era duro, tonificado, perfecto.

Pestañeeé varias veces para salir de la atracción que me generaba ver a aquella mujer y le eché una mirada al público: todos estaban inmersos, mirándola como si fuera una mosca y ellos un sapo. Nadie pestañeaba ni desviaba la mirada. Estaban expectantes a cada movimiento que ella daba. Parecían hipnotizados, y no era para menos. Creo que yo, únicamente, pude apartar la mirada de ella, y solo porque era heterosexual.

Su show continuó varios minutos más, y mi bebida se acabó. Estaba sabrosa y quería pedir otra, pero me daba un poco de pudor levantarme y taparle la vista a alguien. Sentía que podrían matarme si les interrumpía tal escena. Permanecí en mi lugar varios minutos más hasta que ya no daba más del aburrimiento y me puse de pie. Caminé lo más deprisa que pude hasta la barra y me senté en la butaca más cerca a dónde estaba el bartender, el cual se giró y me miró con una ceja arqueada.

—¿Y tú quién eres? No sabía que ya permitían lesbianas —inquirió con un tono medio burlón.

—No soy lesbiana, y ni siquiera yo sé porqué estoy aquí. Mientras lo descubro, te agradecería otra bebida igual a la que te pidió Franchesca hace un rato.

—Ah, ¿eres amiga de Franchesca? Quizás le gustes. Ella es bisexual —me comentó con un tono juguetón. Noté por sus expresiones afeminadas y sus comentarios chismosos, que era gay. Le sonreí y me volteé para seguir mirando el show, aunque mis ojos grises acabaron desviándose al único cuerpo que estaba en movimiento. Hasta que mis ojos se adaptaron a la oscuridad de la que venía, no me di cuenta que era un hombre de cuerpo atlético oculto en un elegante traje negro, con un cabello negro brillante.

Dante Moretti.

Y venía directo a mí. Bueno, no a mí, sino a la barra. Pero en ese momento, no había nadie más que yo y el bartender.

—Un café negro —le ordenó con un tono frío y cortante en cuanto tomó asiento, mirando al frente, a un estante lleno de botellas de alcohol. El bartender dejó de inmediato mi bebida y se volteó a una máquina de café.

—Ey, mi bebida —le repliqué, volteando todo el cuerpo a la barra. El bartender se giró bruscamente con el ceño fruncido y me espetó:

—Un momento.

Abrí la boca para quejarme, pero Dante me ganó de mano.

—Atiendela —le ordenó con calma, sin levantar la voz pero con un tono fuerte, seguro. Fue cuando me percaté de que tenía la mirada sobre mí, clavándomela como si fueran dagas. El bartender dejó el café y continuó con mi bebida sin hacer el menor gesto. La mirada de Dante, confieso, me puso algo nerviosa así que volví la vista al espectáculo. Sonreí al ver que ahora había otras chicas bailando, entre ellas, Franchesca.

—¿Te gusta lo que ves? —me preguntó Dante. Su voz era tan gruesa y varonil que me ponía la piel de gallina. Aún sentía su mirada clavada en mí.

—No soy lesbiana —le aclaré con un tono cortante, el mismo que había usado él con el bartender. Por el rabillo del ojo vi que arqueó una de sus cejas gruesas y negras.

—Puedes apreciar algo sin querer consumirlo —me aseguró. Reí, más de lo que quise, quedando como una loca.

—También se puede consumir algo sin que te guste —le dije, con un tono duro, cargado de resentimiento y odio, uno que quizás reveló mucho de mí, si la persona que me veía sabía leer el rostro y el tono que empleé. Él no dijo nada, tan solo se me quedó viendo. No pude soportar más su penetrante mirada así que me puse de pie y me encaminé a la salida. A cinco pasos antes de llegar a la puerta, el guardia la abrió.

El bar estaba más lleno que cuando entré, y la mayoría estaban tan ebrios —y yo pasé tan rápido— que apenas me vieron. Afuera, ya no había tanta gente y todo parecía más oscuro y frío. Aún había algunos grupos de jóvenes dando vueltas y riendo ebrios a carcajadas. Fue cuando entré al edificio y luego al ascensor cuando noté mis mejillas coloradas y mi ceño fruncido en el espejo. Al ver mi rostro caí en cuenta de que sí, estaba

enojada, y por ese tal Dante Moretti, porque me puso incómoda y nerviosa, y pocas personas habían logrado eso. Algo de él no me daba buena espina, pero no como si tuviera que tenerle miedo, sino como alguien misterioso y con muchos secretos gordos que desataría un caos si se supieran. Cómo si Dante Moretti fuera el enorme agujero negro del centro de una galaxia. Yo era un planeta, y ya podía sentir como su oscuridad me atraía hacia él, y como yo tenía que forcejear y arrastrarme con todas mis fuerzas hacia el lado contrario, hacia el sol.

Capítulo 3

3. Mi nueva yo

Una campanada aguda e irritante me quemó el tímpano y me obligó a levantar el brazo a toda prisa para callarla. La cabeza me daba vueltas como un bombo y sentía todo el cuerpo pesado. Sentía que mi cama se había vuelto un limbo.

Aunque no lo crean, el problema no había sido el burdel..., sino la botella de whisky que encontré encima de la mesa anoche cuando entré al apartamento. Amanda y Óscar ya estaban durmiendo, y yo no podía conciliar el sueño debido a todas las preguntas sobre Dante Moretti que rebotaban en mi cabeza. Estaba muy despierta y espabilada como para dormirme lo suficientemente rápido como yo quería, así que me empuñé la botella y bebí hasta verle el fondo, recordando que antes prefería estar constantemente drogada y ebria para que todo pasara más rápido y dormirme casi sin darme cuenta. Siempre fueron una vía rápida y segura el alcohol y las drogas.

Pero justo ahora, tomando conciencia de que tenía que ponerme a limpiar, me di cuenta de que al final el alcohol no había sido una buena idea. Quizás lo fue momentáneamente, pero ahora me complicaba la vida el doble. Tenía que levantarme y no tenía fuerzas ni para mover un párpado.

—Niña, ¿estás bien? —preguntó Oscar al otro lado de la puerta. Su voz sonó preocupada, amortiguada por la puerta cerrada que nos separaba. Me levanté con sumo cuidado —como si el piso fuera a romperse si me movía con demasiada fuerza— y caminé hasta la puerta. La abrí de par en par, sosteniéndome la cabeza con una mano como si se me fuera a despegar del cuerpo. Del otro lado estaba Oscar, mirándome con los ojos bien abiertos de arriba abajo. Por un momento me pregunté qué tan fatal estaría mi aspecto, recordando que me había volcado un poco de whisky en la blusa, pero luego me sobresalté al notar que no llevaba nada más que una tanga y mis senos estaban al aire.

Prácticamente toda mi vida anduve con los senos al aire y a la vista de cientos de hombres, así que, llevar ropa para mí era extraño. Cerré la puerta para cubrir todo mi cuerpo y trastabillé varios «lo siento». Oscar no respondía, así que insistí, preocupada de que me echara como un perro.

—De verdad lo lamento, anoche me bebí la mitad de un whisky que habían dejado y prácticamente no sabía lo que hacía.

No recordaba la última vez que me había preocupado tanto por el pensamiento ajeno sobre mí, pero realmente me sentía preocupada, alarmada. Oscar y Amanda eran lo mejor que había tenido después de una tortuosa década, no podía perderlos por mis torpes hábitos de prostituta. Bueno, ex prostituta.

—No, Fiamma, descuida... eh, no te preocupes —me respondió finalmente, con un tono nervioso, tropezando con sus propias palabras—. Iré a comprar algo para el desayuno mientras tú te arreglas —me informó, y acto seguido se oyó la puerta de la entrada abrirse y cerrarse.

No respondí nada, me limité a cerrar la puerta y dejarme caer sentada en la cama. ¿Cómo había cometido tal descuido? ¿Y si Amanda se enteraba y me mataba? Es decir, si yo tuviera setenta años y una esbelta y hermosa mujer viviera conmigo y mi esposo, estaría constantemente insegura y desconfiada. No es que fuera tan hermosa y perfecta como la mujer de cabello platinado que bailó anoche en el caño del burdel —de hecho, estaba segura de que yo tenía dos o tres kilos extras que no me quedaban mal pero que me hacía menos deseable que aquella mujer— pero, definitivamente era muy deseable, ningún hombre heterosexual o sumamente enamorado de su pareja me rechazaría.

Entré a la ducha y me bañé en diez minutos, luego me coloqué un conjunto de encaje negro y una blusa de algodón color hueso de tirantes junto con un short tiro alto de jeans. Quería estar lo menos llamativa posible, así que también me hice un moño desprolijo con varios mechones castaños lacios saliéndose de entre la bandita elástica.

Cuando salí de la habitación, noté que Oscar todavía no había vuelto. Eso me hizo bajar un poco los nervios, y también me hizo darme cuenta de que no quería verlo, al menos no por ahora. Metí la mano dentro de la lámpara y me puse contenta como una niña cuando vi que aún seguía el billete verde de quinientos. Me lo guardé en el bolsillo del jeans y salí. Por las dudas, bajé por las escaleras para no cruzarme con Oscar si es que venía en camino, y allí, llegando al piso seis, sudada y con la respiración agitada, me tropecé y me llevé puesto a Benjamín, mi adorable vecino, el cual parecía un Ken rubio. Me sujetó de los brazos e intentó hacer fuerza con sus piernas para que ambos no cayéramos rodando por las escaleras. Mi pecho agitado estaba pegado contra su pecho desnudo y sudoroso. Inmediatamente se me pusieron las mejillas rojas —ahora rojas de la vergüenza, no por el cansancio— y me aparté de él con cuidado, posicionándome dos escalones arriba de él y quedando a su altura, por fin. Confieso que no era una muchacha muy alta, pero mi metro setenta conformaba bastante e incluso algunos lo preferían. Algunos me llegaron a confesar incluso que las mujeres altas los intimidaban. Con el tiempo

llegué a la conclusión de que lo que les intimidaban eran las mujeres fuertes en todos los sentidos.

—Lo siento, pensé que sería la única loca que usaría la escalera viviendo en el piso más alto —bromeé. Benjamín rio y sacó una pequeña botella de plástico celeste que contenía un cuarto de agua del bolsillo de su short deportivo.

—No estoy loco si la uso para hacer ejercicio —argumentó, y bebió un trago largo de agua, luego agregó—: tú no pareces usarla para hacer ejercicio. —Señaló mi ropa y mis cabellos salidos casi todos para fuera, la mayoría pegados en mi cuello y espalda sudorosa.

—Fue un ejercicio improvisado —mentí—. Soy muy espontánea.

—¿Ah sí? Entonces... —Vaciló sonriente— si te invito a cenar ¿me dirás que sí?

Abrí los ojos y me quedé esperando a que riera, pero no lo hizo.

—¿Estás hablando en serio? —pregunté confusa. ¿En serio un hombre me invitaba a cenar? No podía creerlo, hasta que recordé que para él y todas esas personas, no era más que una bonita joven de la que nadie sabía nada.

—No lo sé, tengo muchas cosas que hacer y...

—Vaya, ¿eres espontánea para bajar las escaleras desde el piso doce pero no para salir con un atractivo chico? —inquirió con un tono falsamente ofendido. Sonreí y enarqué una de mis finas cejas castañas.

—De acuerdo, tú ganas.

—¡Sí! —festejó, alzando un puño—. Te pasaré a buscar a las nueve, y usa tu mejor vestido, iremos a un lugar tan bonito como tú —me pidió con un tono seductor, y se acercó a mí con una mirada traviesa y sus ojos celestes centelleando. Primero pensé que iba a besarme, pero me sorprendió muchísimo cuando tomó una de mis manos y me besó el dorso con extrema delicadeza. Nadie, jamás, nunca, me había hecho un gesto tan caballeroso. Fue tal mi desconcierto que me sonrojé como una niña de diez años que recibía su primer beso. Me sentí como una tonta.

Cuando Benjamín continuó subiendo y yo bajando las escaleras, a medida que los minutos fueron pasando, me fui poniendo cada vez más nerviosa. Primero y principal, ¿de qué hablaríamos? Si de mi vida no podía decirle nada más que mentiras, y quería evitar decir mentiras. Prefería no decir nada, pero tampoco podía estar callada toda la noche, algo tenía que decir

sobre mí.

Otra cosa que también me ponía nerviosa era la vestimenta. ¿Que iba a usar? Tenía toda ropa para andar entre casa, ningún vestido lindo para salir a cenar con lo más parecido a un príncipe que iba a conocer en mi vida.

Me quedé alrededor de tres horas caminando en la playa mientras pensaba en qué mentiras decir en caso de que me hiciera tales preguntas, o qué combinación de prendas usar para que parecieran un poco formal. Lo de las mentiras ya lo tenía bastante planeado, pero con la ropa no había solución. Necesitaba comprar un vestido sí o sí o...

—¡Fiamma! —me exclamó una voz a lo lejos. Volteé confusa y miré en todas las direcciones, hasta que mis ojos se detuvieron en unos cabellos lacios y anaranjados como las hojas en pleno otoño.

Franchesca.

Corría con el corazón en la boca hacia mí, y se le dificultaba más sobre la arena. Yo, como pretendía no gustarle como amiga, me quedé allí, esperando.

—¿Qué sucedió anoche? —fue lo primero que me dijo en cuanto se detuvo frente a mí, entre jadeos y descansando el cuerpo con las manos en las rodillas desnudas.

—Nada, me dolía la cabeza y...

—No sirve de nada mentir —se apresuró a advertirme, pero con un tono condescendiente—. Lo que pasa en el burdel, se queda ahí, pero también ronda en los oídos de todos los presentes.

—¿A qué te refieres?

Franchesca exhaló y se sentó en la arena, palmeando el suelo arenoso a su lado para que me sentara ahí. Obedecí, porque a eso estaba acostumbrada.

—Mau divulgó que Dante Moretti te habló, que cruzaron dos o tres palabras y que, de repente, te largaste y lo dejaste hablando solo —me contó Franchesca, como si estuviera contando el chisme del año.

—¿Mau es el bartender? —pregunté, intentando seguir el chisme con la misma pasión que Franchesca, pero vi que fracasé cuando rodó los ojos y suspiró.

—Sí tonta, y Dante el hombre serio y callado que literalmente jamás le habla a nadie más que a Gustavo, el dueño del bar y del burdel. Es un ogro sexi.

—¿No habla con ustedes?

—Ah, sólo con la estúpida de Esmeralda —me respondió, con un tono agrio y una mueca de desagrado.

—¿Quién es Esmeralda?

—Nadie que le importe. Lo único que le dice es: «vamos», y a veces incluso se limita a hacerle un movimiento de cabeza, como algunos dueños le hacen a sus perritos.

—¿Se acuesta con ella? —pregunté, sintiéndome cada vez más perdida. Franchesca blanqueó irritada los ojos.

—Ah, sí, Fiamma, pero ¿que no entiendes? ¡Eres a la primera y única persona que le ha hablado, y peor aún, él solito te habló, por su propia cuenta.

—Creo que porque pensó que era lesbiana —argumenté, pero Franchesca negó repetidamente.

—Le gustaste, y mucho, o quizás le dijiste algo que le impresionó. La única vez que le habló a alguien fue a Esmeralda, y para invitarla a su apartamento. La pobre estaba tan ilusionada, porque entonces ella era únicamente mesera. Supuso que Dante Moretti la invitaba porque de verdad le interesaba, como una conquista normal, pero luego de que tuvieron sexo, él le dio muchísimo dinero en un sobre. Aún recuerdo las lágrimas de Esmeralda, la pobre estaba tan devastada que incluso hasta me dio lástima. Desde entonces ha hecho de todo para llamar su atención y enamorarle, pero él cada vez se muestra más indiferente.

—Es un gilipollas —escupí con desagrado. Franchesca enarcó curiosa una ceja.

—¿Qué te dijo? —quiso saber, con un tono ansioso, y empecé a contarle todo con lujo y detalle, desde que se acercó y se sentó en la butaca de al lado, hasta que me fui del bar. Al finalizar, Franchesca tenía la boca ligeramente entreabierta y la mirada fija en mí.

—Esto es épico, ¡tienes que venir de nuevo esta noche! —me indicó. Me apresuré a negar con determinación.

—Tengo una cita con alguien decente. No quiero saber nada del burdel o de Dante Moretti —le dije con más seguridad de la que sentía. Franchesca

hizo una mueca de desconcierto.

—¿Quién elige a alguien decente antes que a Dante Moretti? —me preguntó, realmente con curiosidad.

—Mi nueva yo.

Capítulo 4

4. Diosa latina

—Y ¿por qué saldrás con él? —me preguntó Franchesca, cambiando de tema bruscamente luego de haberme explicado cómo funcionaba normalmente el burdel y porque ella amaba tanto trabajar allí. Aún seguíamos en la playa, sentadas y descalzas sobre la arena caliente mientras observábamos las pequeñas olas que un grupo de niños principiantes intentaba montar con torpeza y poco éxito. Vacilé por un momento mientras intentaba buscar una buena respuesta que la dejara muda por un rato, si es que eso era posible.

—Es divertido y... decente.

—¡Ah, decente! —exclamó irritada Franchesca. Un grupo de adolescentes que estaba a cinco metros nos miraron con curiosidad.

—Sí, decente: todo lo que necesito.

—Nadie es cien por ciento decente, y me extraña que no lo sepas.

—Claro que lo sé —me defendí indignada—, pero Benjamín es lo más decente y normal que he conocido. No creo que sea tan malo como los anteriores.

—Mientras más decentes son, más aburridos también.

—Pues eso quiero, si aburrido es sinónimo de tranquilidad.

Franchesca alzó los ojos color miel al cielo y suspiró.

—Bueno, entonces supongo que usarás algo bien decente para ir a un lugar asquerosamente decente, ¿no? —inquirió con una ceja alzada y un tono aburrido.

—Pues sí, aunque todavía no sé que voy a usar. No tengo ningún vestido, sólo blusas básicas y vaqueros —le confesé con un tono decaído. Era mi primera cita con un muchacho verdaderamente interesado y decente, quería estar a la altura, aunque él no me importase tanto. Era algo que hacía por mí, quería comenzar a tener una vida normal, llena de simplezas y cosas decentes. Una cita con un muchacho de mi edad, simpático y caballeroso, era el primer paso. Sabía que era lo correcto porque lo había

visto en las pocas películas que había podido ver antes de que mi infierno comenzara. Sabía que así se suponía que era la vida normal de una muchacha de mi edad.

—Ay no puede ser —exclamó Franchesca con un tono estupefacto—, ¿en tu historia, yo soy el hada madrina que te ayuda a conseguir el príncipe y tener un final feliz?

Me lo preguntó de la misma forma en la que un ganador de lotería le preguntaría al hombre del negocio si los datos eran correctos o si aquello era una broma de mal gusto. El hombre le hubiese respondido rápidamente que no, que no era un error, pero yo no sabía qué decirle a Franchesca. Es decir, sabía el cuento de Cenicienta de memoria, pero Franchesca no tenía la pinta de un hada madrina ni de cerca... Tenía, más bien, la pinta de ser la hermanastra de cabello negro que no hace más que fastidiar primero a Cenicienta y luego a su otra hermana, que en la segunda parte acaba enamorada de un panadero.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque no tienes qué ponerte para ir a tu primera cita con un encantador chico, y resulta que iba de camino al banco a guardar dinero en mi cuenta... —me explicó con obviedad, como si yo tuviera que saber todo eso sobre ella.

—Oye, no te he pedido nada, ni se me hubiese cruzado por la...

—Vamos de compras —exclamó con una sonrisa radiante, ya de pie y con las sandalias calzadas. Me jaló de una mano y me puso de pie.

—¿Qué? —pregunté confusa, mientras intentaba ponerme las sandalias sin usar las manos y manteniendo el equilibrio con el cuerpo de Franchesca.

—Tómalo como un regalo de bienvenida por nuestra amistad —me indicó, y una vez que me calcé bien las sandalias, empezó a caminar hacia el centro, alejándonos de la playa con su mano agarrada a la mía como si yo fuera un crío. Suspiré e intenté seguirle el paso. Resulta que al ser tan alta, Franchesca daba pasos más largos.

A esa hora la mayoría aún permanecía en la playa dos horas más, así que el centro no estaba abarrotado y se podía caminar con una distancia cómoda. Las tiendas estaban casi desiertas y las colas eran de no más de cinco personas. Miramos brevemente las vidrieras de cinco tiendas hasta que nos detuvimos en una que vendían exclusivamente vestidos para salir de fiesta, de gala o incluso algo no tan formal y más casual. Franchesca agrandó la sonrisa al verla.

—No quiero ser una entrometida —comenzó a decir, con poco tacto, como evidentemente era su costumbre— pero..., ¿de qué vives si no tienes empleo para comprarte siquiera un vestido?

—Eh, yo... He venido como Au Pair y estoy viviendo con unos ancianos que me dejan comer y vivir allí siempre y cuando les deje el apartamento limpio y ordenado constantemente.

No era del todo mentira, pero aún no me sentía segura de abrirme y revelar todo a una chica agradable pero que aún era una desconocida, muy curiosa, por cierto.

—Escucha —me susurró—, sé que has sido prostituta, reconociste el burdel cómo solo una lo haría, y eso que este es un burdel sumamente decente —aclaró. Hizo una pausa mientras una mujer canosa y regordeta pasó junto a nosotras, luego prosiguió con más apuro—. Como sea, no tienes porque decirme la verdad, pero tampoco me digas mentiras —me pidió con un tono realmente amable y comprensivo. Me dio un poco de pena, pero opté por callarme y cambiar de tema por uno que me urgía sacar.

—Te devolveré el dinero en cuanto pueda —le aclaré, mientras caminábamos entre un pasillo de perchas que contenían vestidos blancos. Franchesca me miró ceñuda.

—No, claro que no. Es un regalo para inaugurar nuestra amistad.

—Entonces te debo un regalo —argumenté con determinación. Franchesca suspiró.

—Sí, pero yo con un bonito llavero me conformo.

—¿Qué tal si hago algo que quieras? —le propuse con un tono divertido—. Cómo ir al burdel, pero sólo iré a ver, y esta vez prometo quedarme hasta el final de tu baile.

Franchesca se giró y me miró radiante, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿De verdad? ¡Me encantaría! —se lanzó a mis brazos y me rodeó el cuello. Me soltó de inmediato al notar el escándalo que estaba haciendo.

—Pero sólo por esa vez, luego no quiero volver a saber más nada de ese lugar —le advertí con un tono severo. Ella asintió complacida.

Al cabo de varios minutos, aún por el eterno pasillo de los vestidos blancos, Franchesca se giró hacia mí con una mueca desagradable y me

preguntó, casi por obligación moral:

—¿Blanco? —Negué sin dudar—. ¡Perfecto! ¿Que color entonces? Así no perdemos tanto tiempo, es una tienda inmensa.

Sí que lo era. Incluso en el techo había colgados más vestidos, muchos más largos y escandalosos, evidentemente para eventos importantes como bodas o la alfombra roja.

—No sé, ¿negro? —vacilé. La verdad era que estaba acostumbrada a usar ropa negra o de un rojo escarlata o vino tinto. Eran los colores del sexo y el placer, según Valentino.

—Claro que no, vas a deprimir a tu chico decente. No sabrá si llevarte a cenar o a un velorio.

Reí, y no me hubiese dado cuenta si no me hubiera visto en uno de los cientos de espejos de cuerpo entero que había en cada estructura cuadrada, cada cinco metros.

—Quizás un tono claro quedaría bien con tu cabello oscuro y tu piel naturalmente bronceada, te daría contraste. Ven. —Me tomó de la mano y me llevó hasta un pasillo que quedaba a cinco pasillos de distancia: en ese había vestidos con poca elegancia, cortos y de un tono piel oscuro, pero más claro que el color de mi piel. Negué con la cabeza.

—No me gustan estos tonos.. —Franchesca suspiró y me llevó al pasillo de al lado, donde había vestidos cortos en varios tonos azules.

—¿Te gusta el azul? —me preguntó con una sonrisa pícaro. Asentí, un poco vacilante.

—Un azul oscuro, marino quizás.

Franchesca me soltó la mano y corrió hasta la sección de tonos azules oscuros, contenta, supuse, de que ya tenía una base para buscarme algo. Sacó cuatro vestidos y me los trajo, colocando uno por encima de mi cuerpo para ver cómo me quedaba. Alcé el cuello y miré el escote, era en V, sumamente grande y alargado, algo que dejaría mis senos prácticamente al aire.

—Mucho escote —me quejé, arrugando la nariz—. Quiero algo que me cubra el noventa y nueve por ciento de los pechos.

Franchesca resopló como un toro y dejó el vestido encima de una silla rosa pastel de terciopelo. Volvió hacia dónde había sacado todos los vestidos y los puso a todos en su lugar, luego volvió a sacar otros tres y

me los trajo.

—Este tiene las tiras tan finas que parecen un hilo —le dije, y dejé el vestido sobre la silla, donde ahora era el lugar de los «desaprobados»—. Este podría ser, me lo probaré —le dije, poco convencida. Lo tomé y me encerré en un probador espacioso con su interior totalmente espejado e iluminado.

Me quité toda la ropa y me quedé únicamente en ropa interior. A continuación, me coloqué el vestido y, me quedé boquiabierta al ver lo hermoso que me quedaba: era al cuerpo, pero no ceñido y apretado. Su escote sí era ceñido y las tazas en forma de triángulos medio redondeados, cubriéndome todos los senos pero remarcando el busto que tenía. Las tiras eran anchas, perfectas; y el largo me llegaba hasta arriba de la mitad del muslo, era corto, pero no tanto como los anteriores. Era de un azul marino de terciopelo, era ideal para cenar y pasar un poco desapercibida, pero no tanto, pues mis curvas voluminosas no me lo permitían tanto como quisiera, pero aún así, era lo más discreto que había llevado nunca.

Salí del probador y me paré frente a Franchesca, con las manos cubriéndome todo el rostro.

—¿Parezco una prostituta? —pregunté temerosa. Franchesca no respondió. Me quité las manos para ver si me estaba prestando atención, y estaba petrificada, con la boca ligeramente abierta y mirando el vestido. Bueno, a mí.

—Te ves genial..., no, más que genial. Ni siquiera Esmeralda se vería tan bien, y eso que aún no te has maquillado y llevas un horrible moño despeinado.

—¡Por dios! —exclamé, y golpeé mis caderas con las palmas—. ¿Otra vez con esa tal Esmeralda? ¿Qué es, una diosa griega o qué? —Franchesca lanzó una pequeña carcajada.

—Pues sí, la maldita es lo más parecido a una diosa griega. Bueno, aunque creo que ahora ya no tiene tanta importancia. Tu pareces una diosa latina...

—Pero si no soy latina —objeté.

—Bueno, no naciste en América latina, pero seguramente alguno de tus padres lo eran.

—Mi madre era Argentina y mi padre español... —le conté, con una voz queda y un tono nostálgico, recordando sus adorables y simpáticos

rostros.

—Lo lamento —murmuró Franchesca, despertándome de mis dolorosos recuerdos.

—No importa, es pasado. Ahora sólo quiero pensar en el presente y en la nueva vida que me espera.

—Pues este vestido es ideal para eso —me aseguró, y me dio una nalgada.

Estuvimos una hora más observando vestidos porque a Franchesca se le antojó comprarse uno para irnos de fiesta el sábado. Le dije que lo pensaría, pero ella, confiada en sus encantos de persuasión, se lo compró, asegurándome de que pasaría la mejor noche con ella y no con mi chico decente.

Cuando finalmente llegué al apartamento, con tan sólo dos horas para ducharme y arreglarme, me encontré con el desagradable recordatorio de que no había limpiado ni un poco el apartamento, y aunque no había mucho por hacer, tenía que hacer varias cosas que no me dejarían nada de tiempo a arreglarme, apenas a ducharme.

Poniendo un poco de fe en mí, me duché lo más rápido posible, rezando porque aún no lleguen Oscar y Amanda. Cuando salí de ducharme, me quedé envuelta en un toallón blanco y comencé a barrer todo el apartamento, excepto mi habitación, mientras el cuerpo y el cabello se secaban naturalmente. Una vez todo barrido, coloqué los platos en el lavaplatos y ordené algunas cosas desordenadas. Para cuando acabé, ya eran las ocho. Entré corriendo a mi cuarto, dejé caer el toallón al suelo y me coloqué un conjunto de encaje de color vino tinto. Luego, arriba me puse el vestido, y fue cuando me di cuenta de que no tenía nada que ponerme en los pies... No lo dudé un segundo más y entré corriendo al cuarto de Amanda y Óscar. No era la primera vez que entraba, pero era la primera vez que entraba buscando algo. Prácticamente era un robo. Bueno, un robo temporal.

Abrí su inmenso clóset y fui hasta el fondo, donde estaban los zapatos más viejos. Tomé unos tacones de aguja negros, preciosos y con una capa de polvo blanca. Noté que no eran del talle de Amanda, sino dos números más. Quizás habían sido de aquella hija que Benjamín mencionó. Cada vez sentía más curiosidad por ella, pero no me atrevería a preguntarle a ellos.

Me volví al cuarto, les pasé un paño húmedo y quedaron como nuevos. Me los coloqué y luego me encargué del cabello. No tenía mucho tiempo de hacer algo bonito y original, así que me limité a darle una pasada con la plancha y a dejarlo suelto. Nunca había tenido un cabello abundante, y para colmo, eran muy finos. Ahora lo llevaba largo hasta por debajo de los

hombros, pero hubo un tiempo en que me llegó hasta las caderas, tiempos en donde yo y mi cabello éramos felices.

Con el maquillaje tampoco quise complicarme. Únicamente me pinté los labios de un rojo carmín y me puse un poco de rimel negro que me hizo las pestañas más voluminosas. También me coloqué un poco de rubor en las mejillas. Por último, cerré mi habitación y volví corriendo a la sala, a terminar de acomodar algunas cosas. Como me sobró tiempo, sequé los platos y los guardé en su lugar. Solo me faltaba trapear el piso, pero hacerlo podría arruinar mi look, así que tomé un trozo de papel y les avisé a Oscar y Amanda que no volvería esa noche a dormir. Al haber escrito eso, regresé a mi habitación y en una pequeña mochila de tela que Amanda me había regalado, metí un vaquero largo, un suéter y una blusa básica negra junto con unas zapatillas urbanas. Me estaba colgando la mochila a los hombros cuando sonó el timbre. Miré el reloj cuadrado que estaba colgado junto a la puerta de entrada y vi que ya eran las nueve. Me hice el cabello hacia atrás y marché segura a abrir la puerta.

Capítulo 5

5. Lo bueno dura poco

Abrí la puerta y allí estaba Benjamín: sonriente y con un elegante traje azul marino que combinaba casualmente con mi vestido. Su sonrisa se fue borrando a medida que sus ojos se deslizaban lentamente desde mi rostro hasta los tacones. Cuando volvió la vista a mis ojos, tenía la boca entreabierta y las pupilas centelleantes. Conocía ese brillo de deseo, lo había visto tantas veces que podría reconocerlo a kilómetros. Confieso que me defraudó un poco ver ese puro deseo carnal en sus ojos celestes, pero después pensé «es normal», ¿no? Es decir, nos habíamos visto dos veces nada más, ¿que esperaba? Era normal que primero apareciera el deseo físico, luego habría que ver si aparecían sentimientos encontrados. Era todo un proceso conocer a una persona, y para mi desgracia, algo que los dibujos animados de Disney no me habían enseñado.

—Te ves... Dios, jamás pensé que podría ver algo tan hermoso, no sé qué decirte —bromeó—. Decirte que estás hermosa, sería un insulto. Estás perfecta.

—¿De verdad? Y eso que no usé maquillaje —comenté, mofándome de mí misma.

—Justamente por eso —me indicó, con una voz queda—. De haber usado, hubieras ocultado tu belleza natural.

De acuerdo, no pude evitarlo: me sonrojé como una adolescente de quince años. ¿En serio Benjamín podía ser mi príncipe azul? ¿Realmente existían? ¿O quizás estaba ansioso por llevarme a la cama esa misma noche? Pues sin dudas, lo comprobaría.

Una vez que el ascensor se detuvo en la planta baja y caminamos hasta el garaje del edificio donde estaba estacionado el auto de Benjamín, le dije que sacara el auto mientras yo dejaba la mochila en algún sitio. No se me ocurrió otro lugar más que en la lavandería, detrás de un lavarropas. Luego salí por la puerta del edificio y me subí al coche de Benjamín: un BMW negro, reluciente, parecía nuevo.

—¿Y a dónde iremos? —quise saber. Benjamín puso el auto en marcha y comenzó a conducir.

—Es una sorpresa, pero te prometo que te va a encantar —me aseguró con una sonrisa traviesa y sin apartar los ojos del camino. Nos acercábamos al centro.

—¿Es la primera vez que vienes a Mar del Plata? —me preguntó. Aparté la vista de mi ventanilla y lo miré sorprendida.

—¿Cómo lo supiste?

—No has parado de observar detenidamente cada cosa desde que comencé a conducir —dijo burlón. Me mordí el labio inferior y asentí sonriente.

—Es cierto, no sabía que estaba siendo tan obvia.

—En realidad no —me respondió, con un tono de voz más confidente y calmo—. Es solo que te observo con mucha atención, cada vez que puedo.

—Quizás deberías mirar de esa forma hacia en frente, a menos que quieras remodelar mi rostro —bromeé, para quitar un poco el aire cargado de tensión sexual que estaba comenzando a surgir. Él negó divertido con la cabeza.

—Creeme, no quiero.

Los próximos minutos los transcurrimos conversando sobre la ciudad y todas las cosas geniales que se podían hacer allí, pero lo que más me interesó fue conocer a los lobos marinos. Benjamín prometió llevarme el domingo e incluso ir a navegar en su yate. Le dije que tenía que pensarlo, pero fue tan insistente que acabé por confirmarle que sí. Noté un poco de autoridad en su urgencia de conocer la respuesta en el mismo momento, pero supuse que lo hacía porque me veía insegura. Y sí, lo estaba. Benjamín parecía ser todo un sueño, pero... no sé, quería ir despacio y disfrutar lentamente el proceso. Benjamín, sin embargo, parecía querer ir deprisa, y ni siquiera sabía a dónde se dirigía.

Finalmente estacionó el coche frente a un lujoso restaurante: supuse que era uno de los más caros por el imponente aspecto que tenía, sumamente moderno y enorme, ocupando media manzana.

Benjamín bajó veloz del auto y lo rodeó hasta mi puerta, abriéndola como todo un caballero y extendiendo su mano para que la tomara. La tomé y bajé con la máxima delicadeza que pude, fingiendo que no estaba acostumbrada a usar tacones, cuando realmente había vivido arriba de ellos incluso antes de cumplir trece años.

Le dio la llave a uno de esos hombres trajeados que estacionaban los coches y nos encaminamos hacia la entrada del restaurante, donde había una mujer de mediana edad con un hermoso vestido formal detrás de un pequeño pupitre alto con una tablet grande.

—Buenas noches, señor Johnson —lo saludó ella en cuanto lo vio, con una enorme sonrisa que indicaba que lo conocía perfectamente.

—Buenas noches Gloria, ¿me darías una mesa reservada para dos? —le pidió Benjamín, con un tono mucho más serio y maduro. La señora asintió y buscó algo en la tablet, luego apretó dos o tres veces y nos indicó con la mano que la siguiéramos.

Caminamos entre varias mesas bastante distanciadas y grandes, con gente vestida realmente elegante, la mayoría parejas. Caminamos alrededor de cinco metros hasta que llegamos a una escalera forrada con terciopelo de color carmesí, la cual subimos, adentrandonos a un enorme balcón, muy ancho con pisos de roble y cinco mesas cerca de la baranda de cristal. Estaba tan absorta e hipnotizada con la vista y el lugar, que ni siquiera oí lo que Gloria y Benjamín hablaban, lo único que sentí fue como él me tomó de una mano y me guió hasta una mesa del centro, apartada del resto por tres metros, quizás.

No podía dejar de contemplar la vista. Abajo, los coches parecían estrellas y apenas se oía el ruido de los autos y la gente. Corría un aire más fresco con un ligero aroma a jazmín. Volteé y me encontré con la mirada deseosa de Benjamín, mirándome con fijeza, pero no de la misma manera en que lo había hecho Dante. En Benjamín podía ver patente el deseo. En Dante no vi deseo, pero sí atracción, curiosidad, incluso algo de...

—¿Te gusta el vino blanco? —me preguntó Benjamín. Alcé la vista y lo miré confusa durante una fracción de segundos, hasta que le encontré coherencia a sus palabras.

—La verdad, prefiero algo fuerte —le dije, casi sin pensarlo. Claro que, me arrepentí en cuanto lo dije. Por suerte a él le pareció gracioso y asintió sonriente.

—¿Te gusta? —me preguntó al cabo de unos minutos. Yo había vuelto la vista hacia afuera, aunque no miraba nada en particular. Me giré y le sonreí como un ángel.

—Me encanta, gracias por traerme aquí —le dije con un tono meloso. Benjamín estiró un brazo y me tomó la mano.

—Te hubiese llevado a un restaurante cerca de la torre Eiffel en mi avión

privado, pero no quería exagerar en la primera cita.

Fue inevitable, di un respingo al oír «La torre Eiffel», por el simple hecho de que era Europa y, un país vecino de Italia, en el que yo sabía que Valentino tenía muchos socios y negocios. Aparté la vista y miré al suelo, pensando una excusa para no quedar como una maníaca.

—Lo siento, me dio un calambre en la pierna —mentí. Benjamín apartó la mano de la mía y la puso debajo de la mesa, un segundo después ya estaba en mi muslo. La mesa rectangular era tan estrecha que nuestras piernas podían tocarse si nos relajábamos mucho. Su mano acarició sin ningún problema mi muslo, llegando cerca de la...

—¿Fiamma? —preguntó una voz masculina que reconocí inmediatamente, porque una voz y un tono así, nunca se olvidan, aunque solo la escuches una sola vez en tu vida. Me volví a sobresaltar y alcé la cabeza con los ojos bien abiertos.

Dante Moretti.

Estaba de pie a medio metro, junto a mí, mirándome... desconcertado, creo. Tenía la mandíbula endurecida y los puños apretados. Me quedé petrificada, con los hombros tensos.

—¿Se te ofrece algo? —le preguntó Benjamín con un tono agrio y cortante. Dante ni siquiera lo miró, no apartaba su mirada fija y filosa de mis ojos grises. Sus ojos eran tan fríos y oscuros como un agujero negro.

—¿Puedo hablar contigo un minuto? —me preguntó, con un tono más controlado y firme.

—¿Qué no ves que estamos en medio de una cita? —le espetó Benjamín, notablemente furioso y buscando ceñido la mirada de Dante. Era extraño ver cómo pasaba de ser una persona sumamente alegre y amorosa a una autoritaria y gruñona en un segundo y con tanta facilidad.

Bajé la vista y miré a Benjamín con un falso cariño. Dante aún me miraba. Me puse de pie y acerqué mi rostro al de Benjamín: por fin giró la cabeza y me miró. Tenía los labios apretados en una grotesca línea fina. Los relajó al instante cuando mis labios tocaron los suyos.

—Vuelvo enseguida —le susurré, y empecé a caminar hacia las escaleras, directo a los baños que había visto hoy cuando pasamos por todo el restaurante. Sentía los pasos de Dante detrás mío, casi pegados a mis talones.

La verdad es que me importaba un comino si los baños eran para mujeres. Me sentía encolerizada y quería beber un poco de agua, ya sea

del grifo. Entré y cerré la puerta detrás mío, esperando que sonara un golpe fuerte, pero no se oyó nada, únicamente unos pasos firmes y luego la puerta cerrarse con delicadeza. En el baño no había nadie, todas las puertas de los cubículos estaban abiertas mostrando los huecos vacíos.

Me acerqué a un lavabo y abrí la canilla, justo cuando las luces se apagaron de repente. Me di vuelta y choqué contra un pecho duro. Unas manos grandes me tomaron de la cintura para estabilizarme, con firmeza y a la vez con delicadeza. Sentí un aliento fresco y cálido a menta cerca de mi frente, agitando algunos cabellos sobresalientes por tanto alboroto.

—No puedes estar con él —me susurró, con una voz suave, pero firme.

—Y tú no puedes hacerme esto, ¿quien te crees? —le espeté, recordando que ya no era una prostituta como para que me hicieran lo que se les antojara. Puse una mano en su pecho e intenté apartarlo, en vano, claro. Su altura y su fuerza era el triple que la mía.

—Te lo digo por tu bien —explicó, apartándose unos centímetros que consideré inútiles. Aún sentía el peso de su cuerpo, que no era incómodo, pero sí asfixiante.

—¿Por qué alguien como tú querría ayudar a alguien como yo? —pregunté desconcertada, alzando demasiado la voz. Dante me tapó la boca con una de sus manos.

—A veces tienes que tomar la decisión antes de saber la respuesta —murmuró de memoria y con rapidez, luego, con más calma y lentitud, agregó—: Lo mismo con las personas: a veces tienes que elegir confiar antes de conocerlas.

—¿Quién inventó esa estupidez? —espeté con un tono borde, fulminándolo con la mirada.

—Yo. Ahora, contigo —respondió, bajando la mano que tenía en mi boca y posicionándola en mi mejilla. Con su pulgar empezó a recorrer mi grueso labio inferior. Ambas respiraciones se empezaron a acelerar a la par, como si estuvieran sincronizadas—. ¿Dónde naciste? —me preguntó con una voz ronca, muy cerca de mi oído. La piel se me puso de gallina y los vellos se me erizaron como un gato asustado. No recordaba esa sensación desde que tenía... doce años; la misma que sentí con mi primer amor, y el primero que me rompió el corazón. Era extraño volver a sentir eso, ni siquiera lo recordé hasta que lo volví a sentir. ¿Le pasaría lo mismo a él? ¿O solo era un juego todo aquello? De seguro... ¿qué otra cosa podría querer alguien como él conmigo? Aunque no supiera lo que fui, ahora tampoco valía nada y apenas nos conocíamos. Era imposible que tuviera

otro interés más que el físico.

—En Quete —musité

—¿En Quete? —repitió confuso.

—En Qué Te Importa —espeté cerca de su oído, un segundo después le metí un rodillazo en su entrepierna y me aparté; corrí hasta la puerta e intenté abrirla, pero estaba cerrada, seguramente con algún pasador. Segundos después, la mano de Dante me agarró la muñeca y de un tirón me volteó hasta chocar contra su pecho.

—Vete —me espetó, con su boca a centímetros de la mía. Su aliento me hacía cosquillas en los labios y mi corazón empezó a galopar como un desquiciado—, y si de repente, te pones muy ebria y él se aprovecha de ti, llámame. —Me sostuvo los dos brazos con una sola mano y con la otra me levantó el vestido hasta la cintura, rodando la piel con sus suaves dedos. A continuación, tiró del hilo de mi tanga y colocó algo duro, frío y cuadrado entre ella y mi piel. Luego de eso, simplemente me soltó, encendió la luz y se fue. Me quedé sola, mirando el pequeño celular que me había dado, con un único número agendado como «Dante Moretti: tu ángel negro». Resoplé y, por algún motivo que no supe, guardé nuevamente el celular dónde él mismo lo había puesto.

¿Quién se creía? Y ¿por qué había actuado de esa forma? Su actitud me desconcertó tanto que me llevó varios minutos relajarme y volver la cabeza a Benjamín. Él era el chico indicado: un muchacho decente que me invitaba a cenar a lugares caros e intentaba conquistarme de la manera más dulce y caballerosa. Tenía que pensar en él, y no en el chiflado de Dante Moretti. Ni siquiera lo conocía, y lo poco que sabía de él no era nada bueno, pero lo que más me desconcertaba era su trato para conmigo. Me trataba con confianza, como si ya me conociera o supiera todo de mí, y eso no hacía más que ponerme en alerta y activar todos los sentidos en su contra.

Justo ahora, no podía confiar en nadie, mucho menos en un Italiano misterioso que frecuentaba burdeles.

Capítulo 6

6. ¿Mi salvación o mi perdición?

—¿Todo en orden? ¿Quién era ese tipo? —inquirió Benjamín en cuanto me acerqué a la mesa, con un tono ansioso. Tenía una mirada sombría, parecía molesto. Yo aún seguía algo acalorada y aturdida por lo sucedido. Me costaba pensar con claridad.

—Descuida..., solo fue un malentendido —le tranquilicé, con una voz suave y dulce, mirándolo a los ojos con una sonrisa angelical; y aunque Benjamín me devolvió la sonrisa y me dio la mano, pude notar que le quedó un sabor amargo en su expresión, y no lo culpo, porque a mí también. Ni siquiera yo sabía porqué conservaba ese celular que me había dado, tampoco sabía exactamente qué sentimientos me generó aquel hombre, pero resolví apartarlo de mi mente y centrarme en Benjamín.

La velada transcurrió de maravilla: reímos y conversamos sobre un montón de temas banales, sin profundizar en nada. Más que nada, nos contamos anécdotas graciosas, aunque admito que inventé tres y solo una fue verdadera, hecho que ocurrió cuando era una niña. Benjamin tuvo mucho más que contar, y de hecho me gustó saber de él y sus anécdotas tan normales, en especial las de la secundaria y sus primeros coqueteos. Me estaba contando una vida que siempre había anhelado, y oírla ya era todo un placer.

Estábamos tan llenos que al final, de postre, pedimos uno solo y lo compartimos entre ambos.

—No recuerdo la última vez que reí tanto —me confesó cuando acabó de reírse, hundiendo el tenedor en la torta postre de chocolate que estaba entre ambos. Alcé la vista y lo miré risueña, con los ojos cristalinos de tanto reír.

—Ni yo —le confesé.

—No quiero que esta noche acabe tan pronto —me confesó él, con un destello de deseo en sus ojos celestes. Levanté las cejas y lo miré con picardía.

—¿Y qué quieres hacer?

—Pues... —Con su pulgar, hizo círculos suaves en mi muñeca, mientras me comía con la mirada—, se me ocurren muchas cosas interesantes, pero

dejaré que tú elijas.

—¿Que yo elija? —repetí sorprendida. Benjamín asintió—. Ay pues... no lo sé, déjame pensar un poco. A ver... —me coloqué el dedo en el mentón y pensé. No se me ocurrió nada ingenioso, la verdad era que ya estaba lo suficiente ebria para no pensar con tanta energía—, ¿que tal si me muestras la ciudad sin un rumbo fijo? Para empezar, ya luego veremos lo que surja... —le propuse. Benjamín ladeó la cabeza, pensándolo, hasta que se puso de pie y me ayudó a levantarme con su mano agarrada con firmeza a la mía.

—Lo que desees, preciosa —me susurró al oído con voz ronca. Al levantarme de golpe, perdí el equilibrio y mi pie se dobló un poco, rompiendo uno de los tacones. Chillé y me aferré al brazo de Benjamín, pero él ya me tenía de la cintura con ambas manos.

—Joder... —murmuré al ver el tacón.

—Descuida, te ves mejor sin ellos —me dijo Benjamín con un tono travieso. Reí y negué.

—No quiero andar descalza por toda la ciudad —me quejé con un tono infantil, y arrastrando un poco las palabras debido a mi ebriedad. Benjamin río.

—Yo te cargo.

—¿Por toda la ciudad?

—No te soltaría nunca —murmuró cerca de mi cuello mientras descendíamos las escaleras, yo descalza y con mis tacones en una mano. La gente nos miraba, pero estaba tan ebria que no me importaba. Por suerte, a Benjamín eso le causaba más gracia.

—Quizás con no bajarnos del coche baste —comenté.

Una vez que subimos al coche, dejé los tacones tirados en la parte trasera y me coloqué el cinturón. Benjamín se quitó el blazer y también lo dejó en la parte trasera. La camisa blanca y ceñida al cuerpo remarcaba sus ligeros pectorales, no pude evitar quedarme viéndolos como si fueran helados. Benjamín se dio cuenta y se acercó hacia mí, me dio un beso largo y posó su mano en una de mis costillas. Su pulgar rozaba la parte baja de uno de mis senos. Pude sentir como mi pezón se endureció con ese contacto tan pequeño. Hacía tiempo que no tenía sexo, y aunque antes no lo deseaba verdaderamente, mi cuerpo ya estaba acostumbrado a tener mucho sexo. O, quizás, había nacido para ser puta.

—¿Vamos? —le pregunté, despegando mis labios de los suyos. Benjamín asintió sin dudar y comenzó a conducir por la avenida principal. Me mostró varios lugares turísticos y me comentó varios datos sobre la ciudad en particular y sobre el país en general —cosas que ya sabía porque mi madre era Argentina y siempre me había hablado mucho de su país natal—, dando a entender, también, que se había dado cuenta de que no era del país. Por suerte Benjamín no profundizaba sobre él, y quizás por eso no me preguntaba nada sobre mi vida o de dónde era, y eso me reconfortaba mucho. Sentía que estaba respetando mis tiempos.

Conducimos y conversamos durante dos horas hasta que él se cansó de todo eso. Pude notarlo en su tono cansino y lento y su mirada desinteresada al explicarme tal cosa que veíamos, así que me compadecí y le pedí que parara en algún sitio reservado.

—¿Te gustaría ir a beber algo a mi apartamento? —me propuso cuando se quiso estirar y el auto se lo impidió.

—La verdad es que no quiero ir al edificio y cruzarme con... Amanda y Óscar. Tenía planeado pasar la noche lejos... —le confesé, un poco disgustada en tener que contarle mis planes. No quería decirle a dónde tenía planeado ir, ni porque no quería estar en el edificio. Por suerte Benjamín no me preguntó nada.

—Tengo otro apartamento por el centro, está desocupado. Podríamos pasar la noche allí —me comentó. Lo miré asombrada y él sonrió, adivinando las preguntas que surgieron en mi mente—. Soy hijo de un político... Tenemos muchas propiedades. La mayoría apartamentos para la gente que viene a hacer turismo, pero este no se ha alquilado porque nadie quiere vivir arriba de una de las discotecas más grandes y escandalosas de Mar del Plata.

—¿Arriba de una discoteca? Debe ser muy guay vivir allí. Te aburres y bajas a divertirte.

Benjamín rió y negó, mordiéndose el labio inferior.

—No dirías eso si pasaras una noche allí —me aseguré.

—Pues hagámoslo, a ver qué tan malo es.

Benjamín puso el coche nuevamente en marcha y condució de vuelta al centro. Minutos después se detuvo frente a una enorme discoteca de la cual salía una tenue música, amortiguada por paredes y una puerta maciza, seguramente. Había una cola de dos cuadras y un musculoso guardia en la entrada con lentes y camiseta negra. La discoteca parecía en

pleno auge, tanto que me dieron ganas de entrar.

—¿Quieres entrar? —me preguntó.

—No tengo calzados... —le recordé apenada.

—A nadie le importará allí adentro, de hecho, dudo que se vea algo —comentó risueño—. Anda vamos, no tenemos que hacer cola —me indicó, y me llevó de la mano hacia donde estaba el guardia. Este, en cuanto lo vio, enarcó una leve sonrisa de labios cerrados.

—¡Benjamín! —lo saludó el guardia con un tono amigable. Benjamín levantó una mano y ambos se dieron un apretón de confianza—. Hace tiempo que no te veía por aquí compadre, ¿quieres divertirte un poco?

—Ah, un poco de diversión no me vendría mal —le comentó Benjamín con poco interés. El guardia asintió y se hizo a un lado para dejarnos pasar. Benjamín tiró con suavidad de mi mano y juntos entramos al club. Detrás mío, llegué a oír algunos reclamos, pero se calmaron de inmediato cuando el guardia giró la vista hacia ellos.

Dentro estaba oscuro. Únicamente se veía, tenuemente, un hombre alto y delgado. Al vernos, abrió una puerta negra y metálica de la cual salió una explosión de barullo y alaridos combinada con una fuerte música que me taladraba los oídos. Cruzamos la puerta y esta automáticamente se volvió a cerrar.

Dentro, había una fiesta increíble, con cientos y cientos de personas apretadas bailando eufóricamente al ritmo de una canción rápida y alocada. Varios reflectores de todos los colores iban rápidamente de aquí para allá, recorriendo todo el club. En la parte alta había un sobre suelo abalconado con varios sofás rojos y sin gente bailando. De hecho, había poca gente. No tuve mucho tiempo de mirar, la música comenzó a apoderarse de mi cuerpo y en cuestión de segundos me encontré contoneando las caderas y agitando suavemente los brazos, a la par que agitaba mi cabeza para sacudir mis cabellos sueltos. El alcohol que había bebido en el restaurante cada vez me hacía más efecto y con el correr de las horas me sentía más contenta y perdida.

Unas manos se agarraron con firmeza de mi cintura y me atrajeron de un tirón hacia una pelvis que se movía lentamente.

—Me encanta como bailas —me dijo Benjamín al oído. Relajé el cuerpo de inmediato al saber que era él y continué bailando pegada a él. Así estuvimos varios minutos, hasta que el ritmo cambió y Benjamín me dio vuelta con sus manos agarradas con firmeza a mis caderas inquietas. Noté que veía su rostro bronceado un poco borroso. Me detuve lentamente, para decirle a Benjamín que quería ir al baño a refrescarme el rostro, pero

no tuve tiempo: con sus manos aún agarradas a mis caderas, me llevó contra un rincón oscuro y me apoyó contra una pared fría. Reí por su desesperación, pero inmediatamente sus labios comenzaron a enredarse con los míos y sus manos comenzaron a subir por el interior de mi vestido, provocando que se me subiera hasta por las costillas. Sus manos encontraron hábilmente mis senos y comenzó a masajearlos con intensidad. El vestido, que era un poco ajustado al cuerpo, acabó por arriba de mis senos y mis piernas abrazadas a su estrecha cintura.

Con su cuerpo apretado al mío y contra la pared, me mantenía elevada, mientras que con sus manos apretaba y estiraba mis duros pezones. Su lengua recorría cada parte de mi boca. Sus movimientos eran desesperados y rápidos, quizás él también estaba tan ebrio como yo.

—Eres tan rica... —jadeó entre mi boca. Yo no tenía tiempo de decir nada.

Una de sus manos abandonó mi seno y se fue hasta el broche de mi sostén. Lo desprendió en un segundo y con un único movimiento, y el sostén cayó al suelo como trapito. Mis senos quedaron al aire, apretados contra su camisa sudada y pegada al pecho.

La realidad era que no me importaba lo desnuda que estaba entonces, porque ya había mostrado todo mi cuerpo delante de más de cien hombres y bailando el caño. Allí, en esa posición —en la oscuridad y en medio de Benjamín y la pared— no me veía nadie. Quizás veían en la oscuridad dos piernas abrazadas al torso de un hombre, como mucho.

Benjamin bajó una mano e introdujo un dedo dentro de mi vagina húmeda, moviéndolo en círculos rápidos, desesperados, pero hábiles. Comencé a gemir entre jadeos.

—¿Quieres que lo hagamos aquí mismo? —me preguntó ansioso, con su boca pegada a mi oreja. Asentí y miré al techo con los ojos cerrados. Todo me daba vueltas y estaba borroso.

Benjamín comenzó a desabrocharse la bragueta del pantalón cuando, de repente, se oyó un grito y algo transparente y cuadrado voló, y aterrizó en la espalda de Benjamín. Se volvió a abrochar el pantalón con rapidez y se volteó bruscamente, dejándome caer al suelo. Me bajé el vestido mientras vi, con gran dificultad, como Benjamín avanzaba violentamente hacia un grupo de hombres que parecían más ebrios que yo. Parecían ser ese típico de grupo que cuando se ponen ebrios buscan riña con quién se le cruce, excepto que Benjamín no se le había cruzado a nadie, de hecho, estábamos tan arrinconados y alejados del resto —sumergidos en una oscuridad ideal para hacer lo que estábamos haciendo—, que era difícil pensar cómo es que alguien podía toparse con nosotros o ver qué

estábamos allí.

Cómo sea, no tuve mucho tiempo de pensar. Alguien me alzó por debajo de los hombros y me arrastró con rapidez hacia el extremo opuesto del club. Forcejeé con fuerza para liberarme, pero fue en vano, aquella persona tenía una fuerza que yo nunca iba a tener. Finalmente se detuvo y me metió dentro de un cuarto totalmente oscuro en el cual no se veía absolutamente nada y el ambiente era más fresco y limpio.

—¿Qué hacés? ¿Qué quieres? ¡Suéltame! —chillé exasperada, mientras intentaba buscar a ciegas nuevamente la salida, pero sólo tocaba aire.

—Estas ebria, ¿cómo puedes entregarte así con un tipo al que apenas conoces? —me reprendió una voz que me erizó los vellos de los brazos.

Dante Moretti.

—¿Qué haces tú aquí?! —exclamé espantada y sorprendida. Sus grandes y fuertes manos me sujetaron de ambas muñecas y mi pecho chocó contra el suyo. Su rostro quedó a cinco centímetros de mí.

—Te dije que me llamaras si intentaba aprovecharse de ti —me espetó con una voz fría y dura; su aliento cálido y con aroma a café me pegó en la nariz, las piernas quisieron fallarme y doblarse, pero las mantuve firmes con la poca conciencia que aún tenía en la cabeza.

—¿Aprovecharse? —repetí perpleja—. ¡La estábamos pasando de lo más bien hasta que tú llegaste! —le grité en el rostro. Seguramente hasta le salpiqué con mi saliva llena de alcohol, pero eso era justo lo que quería.

Dante me apretó un poco las muñecas y se quedó quieto por unos segundos, hasta que suspiró con fuerza y caminó rápido, conmigo arrastras.

—¿Me estás secuestrando?

—Lo que yo te haga será menos grave que lo que él te haga —me aseguró, tajante.

—Pues él iba a follarme de una manera estupenda —le indiqué con un tono borde e infantil—. A menos que vayas a follarme, y de una mejor manera, te aconsejo que me sueltes porque me acabas de arruinar la noche.

Dante frenó de golpe y me pegó contra una pared lisa, con una mano en mi cintura. Sentí su aliento violento a un centímetro de mi rostro. La música del club ya no se oía ni un poquito, el silencio reinaba el lugar y

hacia el ambiente más tenso e íntimo.

—No sabes cuánto deseo follarte, pero eso no va a pasar —me aclaró con una voz queda. Su voz era tan varonil y firme que no podía evitar sentir cosquillas en el estómago cada vez que me hablaba. Deseaba hacerlo enojar para que me hablara.

—¿Por qué? —le pregunté, realmente interesada en saberlo, en entender por qué actuaba de esa manera.

No respondió durante eternos segundos, hasta que finalmente habló:

—Quiero que estés conciente si algo sucede entre nosotros, para que puedas elegir con conocimiento —explicó con un tono calmo.

—Pero si solo estoy un poco ebria, de seguro recordaré hasta el tamaño de tu polla cuando me despierte por la mañana —le aseguré con un tono engreído.

Dante suspiró y quitó la mano de mi cintura, apartándose simultáneamente un paso.

—No me refería al alcohol.

Capítulo 7

7. Miedos que nos consumen y nos definen

Con el transcurso de los minutos, mi borrachera solo empeoró y apenas podía caminar sin tropezar o dar tumbos. Quizás por eso, sin previo aviso, El Gran Dante Moretti me cargó en sus brazos cual bolsa de papas y caminó conmigo auestas hasta su lujoso coche negro. Lo último que recordé fue que me acostó a lo largo de los asientos traseros y me cubrió con un abrigo negro y pesado que obviamente no era mío. Estaba sudada y el cuero del asiento se me pegaba a la piel de mis piernas y me hacía picar, pero estaba tan ebria que aún así me quedé dormida como un bebé recién nacido.

Cuando desperté, aún mareada y con un fuerte dolor de cabeza, me encontré en una inmensa cama con sábanas de un blanco platinado de satén en un cuarto oscuro, iluminado únicamente con la tenue luz de la luna llena que entraba por el enorme ventanal de una puerta francesa que estaba frente a mí, a tres metros, quizás.

Las puertas estaban abiertas de par en par y en el balcón pude visualizar la silueta de un cuerpo atlético con una camisa blanca ceñida al cuerpo y un pantalón negro de oficina. Tenía los codos apoyados en la baranda de hierro y la cabeza inclinada hacia abajo como si se hubiese quedado dormido.

Bajé los pies descalzos al suelo de madera laminado y caminé sigilosamente hacia él, pero arruiné el silencio al tropezar con un par de calzados masculinos. Dante volteó sobresaltado y me miró con los ojos bien abiertos, poco a poco fue relajando el rostro y volvió la vista hacia el exterior, hacia el cielo nocturno y estrellado. Una brisa suave y delicada recorría el balcón. Estábamos muy altos, probablemente en el décimo segundo piso.

—Discreta no es mi segundo nombre —bromeé mientras me acercaba al balcón y me ponía en la misma postura que él, intentando ver lo mismo que él veía—. ¿Tuvimos sexo? —le pregunté, más por quitar ese incómodo silencio que por verdadera curiosidad. Dante volteó la cabeza con brusquedad y me miró ceñudo.

—No —fue lo único que me dijo, tajante y duro; pero no volvió la vista al frente, se me quedó viendo—. Y no vuelvas a preguntarlo.

—¿Qué? ¿Por qué? —exclamé confusa—. ¿Que tiene de malo que sepa si

tuvimos sexo? Es un dato que cualquiera querría tener en cuenta, ¿no?

Dante resopló como un toro.

—No es eso. Joder —farfulló, fulminandome con la mirada, llena de tensión y nervios—, ¿por qué es tan difícil comunicarse contigo? ¿Por qué no entiendes lo que te quiero decir sin decírtelo directamente?

—Porque no soy telepata —me burlé. Dante no pareció oírme.

—¿Podrías hacer el favor de volver a dormir? No me diste nada de tiempo para pensar —me espetó, y volvió la vista al frente, manteniendo el ceño fruncido y los labios carnosos apretados en una fina línea. Algo que, por cierto, solo lo hacía más sexi.

Su cabello y sus ojos negros se mezclaban con la oscuridad de la noche, apenas podía ver el brillo de la luna en sus ojos. Su mentón cuadrado y su piel poco bronceada me atraían de una manera... Veía algo familiar en él, como si ya lo hubiese conocido antes...

—Deja de mirarme.

—¿Te pongo nervioso? —adiviné encantada. Por lo poco que me había hablado Franchesca de él, sabía que era un ogro que no quería ni trataba a nadie, entonces, ¿por qué se preocupaba tanto por mí? O, quizás no era preocupación, sino que me quería poseer. Pero ¿por qué se comportaba como un adolescente cuando yo estaba cerca?

—Tú no, la situación.

—¿Qué situación? —inquirí, cada vez más confundida. Dante rodó los ojos, pero no respondió—. ¿No vas a decirme? ¿Me secuestras para aumentar mis dudas y mis miedos?

—¿Tus miedos? —repitió, ligeramente sobresaltado y volteando nuevamente hacia mí, con un brillo más intenso en sus ojos—. ¿A qué le temes?

—Dime tú primero.

Vaciló y pensó durante un momento, hasta que respondió, sin muchos rodeos:

—Al pasado.

Me lo quedé viendo por un instante, buscando algo que ni yo sabía que, en su mirada, pero no vi más que dureza, como un muro de hierro oscuro.

—Al futuro: Me da miedo que sea peor que el pasado —confesé, desviando la vista al frente e intentando que no se me cayera ninguna lágrima. A lo lejos pude ver cómo unas nubes gordas y grises se acercaban del norte, anunciando una feroz tormenta, cargadas de lluvia y rayos. Todavía sentía la intensa mirada de Dante sobre mí.

—Si no me das algo para beber, me tiraré del balcón —le advertí.

Colgué una pierna en el barandal y Dante me agarró bruscamente la muñeca.

—¿No has bebido suficiente?

—No he bebido nada a comparación de lo que acostumbro.

—Pues acostúmbrate a beber poco —amenazó. Apoyé la mano libre en el barandal y colgué la otra pierna, quedando sentada en el frío hierro y con las piernas desnudas en el aire. El vestido se me había subido hasta las caderas, pero no me importaba; mostrar mi cuerpo era la cosa más natural para mí, de hecho, no mostrarlo se me hacía raro.

No duré mucho tiempo balanceando las piernas, ya que Dante me jaló hacia atrás y caí de espaldas contra él, entre sus fuertes brazos, y aunque eso normalmente me hubiese excitado, únicamente me hizo enfadar.

—¿Te has creído mi padre o qué?

Me zafé de sus brazos y volví hacia el interior de la habitación a grandes zancadas. Busqué la puerta de salida y cuando la vi, caminé hacia ella. Intenté abrirla pero estaba cerrada con llave. Sin más que perder, le di una patada, olvidando por completo que andaba descalza.

—¡Aaaay, joder! —chillé, envolviendo y apretando el pie en mi mano para calmar el dolor. Dante vino corriendo y con los ojos bien abiertos, hasta que comprendió lo que había hecho.

—¿Te has vuelto loca o qué?

—¡Tu me has vuelto loca! —grité con todas mis fuerzas, dejando el pie a un lado y acercándome a él—. ¡Interrumpes mi primera cita, que por cierto, una cita hermosa con un chico guay, y luego me secuestras afirmando que estaba en peligro cuando lo único que quería era follar con él! ¡¿Qué te sucede?! ¿Qué es lo que quieres conmigo? Déjame en paz, tú no tienes derecho a hacerme esto. —Le di un puñetazo en su tonificado pecho. Él, mientras, me miraba con fijeza y sin mover un músculo. Sentía

que le estaba hablando a una pared, una pared sexi, para mi desgracia.

—Pues entonces vete —espetó, acuchillandome con una mirada sombría—. Quizás debas descubrir las cosas por las malas. —Metió una mano en el bolsillo y sacó una pequeña llave plateada. Dio un paso hacia mí y quedó a pocos centímetros; a continuación, me extendió la llave.

No podía apartar mis ojos de los suyos, no podía comprender nada. Era como si la mente de repente se me hubiese puesto en blanco. Sabía que quería tomar la llave e irme al demonio, joder, juro que quería hacerlo y no verlo más. Pero también había otra parte..., otra parte de mí que quería lo contrario, una parte más impulsiva e irracional que pensaba con el deseo...

Una parte que me hizo dar un paso hacia él y estrellar mi boca en sus sedosos labios. Ambos se entrelazaron y danzaron desesperados, como si ambos viniéramos de una sequía eterna... Era como si nunca hubiese conocido el agua hasta entonces. Una electricidad me recorrió todo el cuerpo y las piernas me fallaron, las sentía entumecidas, con más ganas de dejarse caer que de saltar sobre él, pero aún así consiguieron la fuerza necesaria y dieron un brinco que me hizo enredar las piernas en su torso.

El corazón me latía desbocado y mi piel comenzaba a sudar y a erizarse con el contacto de su cuerpo contra el mío. Sus manos se aferraron con fuerza a mis caderas y me apretujó más contra él, como si quisiera meterme dentro suyo. Enredé mis brazos alrededor de su grueso cuello e hice el beso más intenso y apretado, más urgente.

Por un momento, sentí que besarlo había sido el peor error que alguna vez podía haber cometido, pues ahora que conocía el sabor de sus labios y la energía que se creaba entre ambos, no quería permanecer sin su contacto nunca más. Quería vivir en sus labios cual refugio. Podía visualizar dolorosamente y con extrema claridad, que sus besos serían mi nueva droga, algo de lo que debería huir, y no aferrarme como koala como lo estaba haciendo...

Capítulo 8

8. Un cachorrito que debe obedecer órdenes y cerrar el pico. Sícomono.

Dante caminó hacia atrás, guiado por el peso de mi descontrolado cuerpo, y cayó sentado en la cama conmigo a horcajadas y una pierna a cada lado de su torso. Colocó con firmeza sus manos en mis nalgas y me acercó con brusquedad hacia su pelvis. Inmediatamente sentí algo duro y firme punzando debajo de su pantalón y clavándose en mi entrepierna. Sentía el cuerpo débil dónde él me tocaba. Era como si tuviera el poder de estremecer cada centímetro de mis músculos allí donde ponía su mano.

Débil, sensible y delicado, pero a la vez con la energía suficiente para tumbarlo por completo en la cama y quitarme el vestido por la cabeza de un solo movimiento. Luego, mis labios se volvieron a enganchar como pinza sobre los suyos. Parecíamos dos desquiciados a los que no les importaba nada más que besarse hasta que los labios quedaran rojos e hinchados, adoloridos. Un dolor placentero que valía la pena descubrir y repetir mil veces.

—Fiamma... —murmuró entre mis labios con voz ronca. Mi nombre sabía exquisito en su boca, con su voz gruesa y varonil, calma y neutra. Era un cántico armonioso para mis oídos.

—¿Sí? —respondí con dificultad y una sonrisa satisfecha.

No quería despegar mis labios de los suyos, quería saborearlos cada segundo que fuera posible, pero la fantasía del sentimiento y la conexión perfecta se desmoronó por completo con las siguientes palabras que Dante soltó, no con dureza, pero sí con demasiada formalidad, como si él no estuviera sintiendo fuegos artificiales dentro del estómago, como si toda aquella conexión me la hubiese imaginado...

—No podemos... seguir con esto, lo siento. —Colocó suavemente sus manos en mi cintura desnuda y me dejó a su lado, sentada y confusa, paralizada, sin poder apartar la vista de su rostro endurecido y tenso. Me llevó unos largos segundos comprender sus palabras y lo que acababa de hacer.

—¿A qué te refieres? —pregunté con un tono de voz inseguro. Dante se sentó en la cama y se despeinó el cabello en un acto reflejo.

—No puedo explicarlo ahora, pero créeme cuando te digo que no podemos, no es el momento, lo mejor es esperar... —explicó con una voz

dificultosa, como si las palabras le hirieran la garganta.

—¿Esperar qué? —inquirí impaciente—. Dímelo, lo que sea, dímelo o no vuelvas a dirigirme la maldita palabra...

Más que impaciente, estaba desesperada, pero era lo mínimo que podía hacer: ser sincero conmigo. Dante agachó la cabeza y se frotó las sienes, negando estresado.

—Perdóname —musitó, con una voz realmente suave, rozando lo dulce. Se acomodó y se colocó frente a mí con una pierna flexionada debajo de la otra. Colocó ambas manos en mis mejillas y me miró con una expresión triste. Su mirada decía un mundo, muchas cosas que seguramente no saldrían de su boca, quizás nunca—. Es todo lo que puedo decirte.

—¿Es por esa tal Esmeralda? —pregunté indignada—. ¿Te has enamorado de una prostituta?

Su expresión se contrajo y arrugó la frente.

Okay, me sentí muy mal al decir eso, pero él no tenía por qué saber que yo también era una prostituta: eso era cosa del pasado y él no tenía por qué saberlo nunca. Sería más sencillo que creyera que era una joven decente con la que valía la pena tener algo más que solo sexo.

—¿Esmeralda? —sonrió vagamente y negó con la cabeza, como si una niña de cinco años hubiese intentando hacerle una broma que él ya conocía de memoria—. No, ojalá fuera solo eso.

—¡¿Que otra cosa podría impedirte tener sexo conmigo?! —exclamé irritada y poniéndome de pie. Pude sentir como el calor se me subió a las mejillas. Me di la vuelta y crucé los brazos, cabreadísima para mirarlo—. ¿Acaso no te gusto lo suficiente? —Me volví a voltear y lo miré alarmada. Comenzaba a sentirme desesperada por entenderlo, desesperada por acostarme con él y saborear cada rincón de su cuerpo.

Dante demoró en responder, pero su expresión de horror al suponer eso, lo dejó todo muy claro. Una expresión que me confirmó que no, que no era eso, por lo que, a continuación, coloqué mis manos detrás de mis espalda y me desabroché el sostén, dejándolo caer al suelo. Una brisa fresca recorrió mi espalda y mis pezones, e inmediatamente se me pusieron como una roca. Dante abrió los ojos de par en par. No le di mucho tiempo a reaccionar, lo siguiente que hice fue bajarme la tanga y dejarla caer por mis piernas hasta quedar alrededor de mis pies en el reluciente suelo de madera oscura.

Inevitablemente, los ojos negros de Dante descendieron hasta detenerse en mi entrepierna. Se quedó petrificado y con la boca entreabierta por

unos segundos que para mí fueron eternos, hasta que decidí dar el primer paso y caminar hacia él. Le abrí las piernas con delicadeza y sin apartar los ojos de su mirada perdida en mi cuerpo, me coloqué entre sus piernas y me senté en una. Le levanté el mentón con la mano y le obligué a verme a los ojos. Lo hizo, y sus ojos tenían un brillo que jamás había visto antes. Era mucho más que deseo. Incluso juraría que había... ¿miedo?

Iba a enredar mis labios en los suyos cuando colocó sus dos manos en mis hombros y me detuvo con delicadeza. Cuando abrí los ojos, lo vi suspirar con los párpados cerrados. Cuando los abrió, el brillo ya no estaba y su mirada era más dura, controlada.

—Debo irme, pero puedes quedarte y pedir lo que quieras a mi cuenta —me dijo con una voz neutra, muy controlada, pero con un poco de impaciencia.

—¿Cómo que te vas? ¿No piensas decirme que ocurre? —farfullé mientras Dante me apartaba con una delicadeza apresurada y se ponía de pie—. ¡Eres un gilipollas! Lo sabías, ¿no?

Dante no respondió, se limitó a suspirar y a tomar un abrigo que había colgado en el respaldo de una silla. El mismo con el que me había tapado en el coche.

—Ya lo sabía —respondió con voz queda, deteniéndose un segundo para colocarse el abrigo, luego abrió la puerta y se marchó a pasos ligeros.

—¡Idiota! —grité cuando se cerró la puerta, y le arrojé mi tacón roto. El golpe resonó fuerte en toda la habitación. Aún era de noche pero ya había algunos rayos de sol rojos queriendo salir de entre el mar.

Me dejé caer en la cama —desnuda— y me quedé mirando el blanco techo con el antebrazo en la cabeza, para ver si así calmaba un poco la resaca, pero era inútil.

Cuando regresé al apartamento, eran las cinco de la tarde. Me había quedado dormida en la cama de Dante. En cuanto desperté, me di una ducha y tomé los cien pesos que había sobre una mesa ratona, dinero con el que me pagué un taxi.

Mi mayor temor era cruzarme con Benjamín y no saber qué decirle. Desde luego que no quería explicarle lo que de verdad sucedió, pero con tanto dolor de cabeza aún no se me había ocurrido nada ingenioso para decirle,

y si podía evitarlo, mejor aún.

Para mi habitual desgracia, no pude escapar de encontrarme con Amanda y Óscar, quienes estaban merendando en el comedor mientras veían las noticias en la TV. Se me quedaron viendo cuando crucé la puerta con aquel vestido corto y carísimo que aún llevaba y los tacones en la mano, que oculté varios segundos tarde de la mirada hábil de Amanda.

—¿Esos son...? —preguntó, con la frente arrugada y los ojos entrecerrados para poder ver bien. De nada servía mentirle. Solo lo empeoraría más.

—Sí, son tuyos... Lo lamento, he tenido un accidente y se me ha roto uno...
—Me detuve cuando Amanda se levantó bruscamente de la mesa y caminó a grandes zancadas hasta donde estaba. Me quitó los zapatos de malas maneras y los examinó como si fueran un extraterrestre.

—¿Cómo te atreves? —musitó con una voz fría, sin apartar la vista asombrada de los zapatos.

—Lo lamento Amanda, prometo que te los pagaré —trastabillé nerviosa. Amanda levantó la vista y me miró con dureza y el ceño fruncido.

—¿Pagar? Si ni siquiera trabajas, no haces más que vivir gratis a costa nuestra. Ni siquiera has limpiado y te has desaparecido por más de doce horas. Tuve que secar y guardar los platos yo misma —exclamó con un tono irritado y alzando la voz muy fuerte. Oscar se puso de pie y se acercó con sutileza.

—¿Por qué me hablas así? —espeté enojada—. Dejé todo limpio antes de irme, desde que llegué que no he parado de limpiar. Me di un tiempo libre sólo cuando tú me lo propusiste, ¿y ahora te molesta? De seguro que lo único que tuviste que hacer fue limpiar lo que acabaste de ensuciar hoy mismo. Lo único que hice mal fue quitarte unos zapatos sin tu permiso, pero creo que estás exagerando.

No recordaba la última vez que mi tono había sonado tan firme y duro, con tanta confianza. Estaba muy cansada para soportar que alguien más me pasara por encima y me tratase como se le diera la gana según su estado de ánimo. Estaba cansada de que todos me trataran como si yo fuera un cachorro que debía obedecer las órdenes de todos sin chistar. Estaba harta de tener que soportar a todo el mundo, ¿con qué necesidad?

Dejé caer los zapatos al suelo, giré sobre mis talones y salí del apartamento con el mentón alto y a pasos apresurados. No conocía Argentina, mucho menos Mar del Plata, pero sabía que quería irme de allí y no volver a verlos.

Me reconfortó pensar que tenía tres personas a quien acudir. La primera en la que pensé, y la que más quería, me obligué a descartarla. No volvería con el rabo entre las patas con alguien que me rechazó, de ninguna manera.

A la segunda persona, la descarté aún más rápido y casi encantada. No quería estar con alguien y tener que estar fingiendo una vida las veinticuatro horas los siete días de la semana. Necesitaba a alguien que me comprendiera y me apoyara tal cual era, necesitaba estar en paz.

Capítulo 9

10 No perdamos el tiempo

Entablé amigables conversaciones con casi todas las chicas. Me di cuenta —ebria y todo— que la mayoría no tenía trato con Esmeralda y que ella miraba con soberbia a todas. Era como si se sintiera la reina del lugar, muy especial e inalcanzable, lo cual la hacía insoportable.

Nataly y Franchesca me ayudaron a elegir un body que hiciera juego con mi cuerpo voluptuoso y mi piel naturalmente bronceada. Obvio que, sin dejar de advertirme que no estaban de acuerdo, pero aún así me enseñaron más de cuatro veces la coreografía, aunque no podía recordar nada de lo ebria que estaba. Logré tranquilizarlas bastante al asegurarles que estaría tan al fondo que nadie podría verme.

—Escuchame, Fiamma —dijo Franchesca con un tono serio y confidente. Estábamos apartadas del resto, aún maquillandonos. La mayoría ya estaba en el club—. No te desnudes a pesar de que algunas lo hagamos, y no llames la atención. Solo harás que nos echen a todas si no pasas desapercibida —me advirtió severa. Asentí con una sonrisa mientras ajustaba el body para resaltar mis senos.

Hasta entonces, no había parado un minuto de beber y cada vez estaba más ebria. Franchesca igual, pero no lo suficiente como para dejar de darme órdenes. Yo cada vez comprendía menos y me sentía más alegre y despreocupada. Sabía perfectamente que en ese estado, podía cometer cualquier locura, y francamente me importaba un comino. Sentía una intensa necesidad de meterme en problemas y hacer un desmadre.

—Ya es hora —avisó Franchesca al ver la hora en su celular—. Primero entra la estúpida de Esmeralda y a los diez minutos nosotras.

—¿Y Nataly? —Miré a mi alrededor y paseé la vista por todas las chicas que estaban allí, en busca de una cabellera platinada y lacia, pero no la vi.

—Nataly no baila, ella es únicamente mesera.

Debí haberlo sabido. Nataly era muy seria y tranquila, a decir verdad, siempre parecía estar enojada o tensa. No era como Franchesca y yo.

Transcurrieron los diez minutos con increíble rapidez y las chicas delante mío comenzaron a salir en fila. Yo era la última, y prestaba mucha atención a cada paso que daba Franchesca para parecer una más, aunque estaba tan ebria que me costaba caminar y no podía evitar salirme de la

fila de tanto en tanto.

Finalmente entré al escenario y comencé a contonear las caderas detrás del delgado cuerpo de Franchesca. Obviamente toda la atención del público estaba centrada en Esmeralda, quien encabezaba el grupo y estaba en el centro, bailando mejor que nadie y agitando su melena clara.

Cuando me sentí demasiado mareada para continuar, me detuve y me aparté un poco. Entonces presté más atención al público, y mi mirada se sintió atraída por otra mirada que me contemplaba con intensidad. Sus ojos negros me miraban con dureza y asombro. El encuentro de nuestras miradas me heló la piel y me hizo cosquillas en el estómago. De repente ya no me sentía mareada, o no me importaba. Me sentía imponente con su mirada clavada en mí, poderosa y fuerte. Incentivada.

Avancé, dejando atrás incluso a Esmeralda, y enredé mis piernas en el caño. Comencé a bailar de la manera más sensual y llamativa. Ya no pude ver nada, pero mis oídos oían vitoreos y silbidos de aprobación. Me detuve cuando ya no podía dar más vueltas y me bajé del escenario. Caminé entre la multitud y me detuve frente a un hombre de alrededor de treinta años, de cuerpo poco atlético y rostro aguileño.

—Hola —le dije, atravesándolo con una mirada seductora. Él no dudó y colocó sus manos en mis caderas. Me senté en su entrepierna. Comenzó a hablarme y a preguntarme cosas, pero mi atención estaba centrada en Dante, que me devoraba furioso con la mirada. Tenía la vena de la frente hinchada y la mandíbula endurecida. Perdí su rostro de vista cuando Esmeralda se acercó y se sentó a su lado.

Admito que sentí celos, y que eso me impulsó a ponerme de pie y volver a sentarme a horcajadas de aquel hombre, pero esta vez de frente, con una pierna a cada lado y mis senos apretados contra su pecho. Él colocó una mano sobre mi nuca y atrajo bruscamente mis labios a su boca. Su lengua recorrió toda mi boca y sus manos masajearon mis senos con intensidad. Era muy brusco y tosco, sus manos no hacían efecto en mi piel como había sucedido con Dante.

—¿Cuánto? —me preguntó el hombre con una voz ronca y su pene erecto haciendo presión en mi entrepierna.

Sonreí y abrí la boca para responderle, pero de repente, unos brazos debajo de mis axilas me apartaron de las piernas del hombre. Miré por encima de mi hombro y lo vi.

Dante.

Me cargó sobre sus hombros con mi torso colgando sobre su espalda y mis piernas sobre su pecho y me sacó del club. Pataleé y le di puñetazos e intenté bajarme, pero fue inútil.

—¡Bajame, idiota! —grité. Dante no respondió.

Salió del club y luego del bar. Caminó conmigo a cuestas durante al menos diez calles, hasta que se detuvo frente a un lujoso hotel que reconocí de inmediato. Dante estaba por abrir la puerta cuando se oyó un grito femenino a lo lejos, pero no tanto. Levanté la cabeza y miré: era Esmeralda, y venía trotando con su diminuto body y una expresión de horror.

—¡Dante! —volvió a gritar. Sonaba desesperada y estaba agitada de tanto correr. No llevaba sus tacones y su cabello estaba alborotado. Finalmente llegó y se paró delante de Dante. Ya no pude ver su rostro—. ¿Qué está sucediendo? ¿Qué hacés?

—¿Se puede saber desde cuándo te debo explicaciones? —inquirió Dante con un tono adusto y frío.

Esmeralda balbuceó nerviosa. Nunca me la hubiese imaginado así. Parecía una mujer tan segura y dura.

—Creí que...

—Jamás te di a entender nada —zanjó Dante con dureza—. Ahora vuelve al club.

Esmeralda no se movió, estaba paralizada. Tampoco respondió. Dante simplemente entró al edificio y la dejó sola. La ignoró como si fuera una estatua mal puesta.

—Yo te daría una patada en los huevos si me hablas así —le advertí. Dante no respondió. Se limitó a entrar al ascensor y a apretar un botón que nos hizo subir—. Que manía de secuestrarme.

—No me dejas alternativa.

—¿Por qué? ¿Qué te importa a ti lo que yo haga?

Dante resopló y salió del ascensor en cuanto las puertas se abrieron. Metió la llave en una de las puertas y entró a su apartamento. Volvió a cerrarla con llave y me arrojó a la cama.

—¿No vas a responderme? ¿O prefieres pasar directo a la acción? —inquirí juguetona. Me quité el body delante de él y me acosté desnuda en la cama. Dante desvió rápidamente la vista con los labios apretados en una

fina línea.

—¿Por qué no quieres estar conmigo y tampoco que esté con nadie más? Si no me lo dices, tendré sexo con diez desconcidos, al mismo tiempo.

Dante volvió la vista y me fulminó con una mirada dura y sombría.

—No vas a salir de esta habitación hasta que no me expliques por qué estás en Argentina.

Abrí los ojos asombrada.

—¿Cómo sabes...?

—Responde —me ordenó. Entrecerré los ojos y me acerqué a él. Quedamos a veinte centímetros de distancia. Mis pezones rozaron la tela de su camisa. Él se contuvo aguantando la respiración y no apartó la mirada de mis ojos.

—No confío en ti, así que no esperes que te diga nada.

Me observó detenidamente mientras yo me acostaba en la cama, de piernas abiertas y sonriente.

—Estoy muy ebria y caliente, ven —musité. Dante se volteó y se perdió tras un armario. Volvió con una manta polar que me colocó encima.

—Duerme. Mañana hablaremos.

—No pierdas tu tiempo —le aconsejé con un tono calmo—, no pienso decirte nada. Jamás podría confiar en nadie, mucho menos en un italiano que frecuente burdeles.

Me quité la manta y la arrojé al suelo. Luego me puse de pie y me paré frente a él. Dante tensó la mandíbula y evitó mirar otra cosa que no sean mis ojos.

—No pierdas tu tiempo, no tendremos sexo.

—¿Jamás? —susurré. Coloqué mi mano en su abdomen plano, debajo de su camisa. Dante suspiró con intensidad.

—Espero que algún día, pero por ahora, no.

—Si tú eres sincero conmigo, yo lo seré contigo.

Reinó el silencio durante un momento.

—Tú primero.

—Yo debería desconfiar de ti —me quejé—. Me secuestras y ni siquiera te conozco. Me debes explicaciones.

—Es cierto, y te las daré, pero todo a su debido tiempo.

—Hablaré cuando tú hables, punto.

Dante levantó una ceja.

—No me provoques.

—¿Ah no? —Sonreí con picardía y un brillo ardiente en los ojos.

Bajé la mano hasta rodear su bulto casi erecto con la mano. Dante gimió y alzó la mirada al techo con los ojos suavemente cerrados. Al siguiente segundo tenía su mano en mi muñeca, la apartó de su pene y se alejó, pero llegué a agarrarle la mano y me coloqué nuevamente frente a él.

—Te deseo como nunca deseé a nadie —le confesé con voz queda. Dante se me quedó viendo sorprendido, con una mirada fija. Al siguiente segundo estaba estrellando su boca contra la mía y apretando mi cuerpo desnudo contra el suyo. Lo empujé hasta arrojarlo a la cama y me subí arriba suyo.

Mientras nos devorábamos a besos, le desprendí los botones de la camisa y se la quité a los tirones. La arrojé a algún sitio de la habitación y luego fui a por su bragueta. Su pene ya estaba muy erecto, punzante y firme. Con tan sólo sentirlo sentí una punzada vibrante de deseo en mi vagina.

Mientras le desabrochaba el pantalón, Dante colocó sus manos en mi trasero al mismo tiempo que levantaba el suyo para que pudiera bajarle el pantalón y quitárselo. Una vez que se lo quité, le saqué el boxer negro. Su pene se paró inmediatamente como una antena. Mi vagina húmeda rozaba sus testículos y ardía de placer por succionar su pene.

A continuación, Dante se sentó en la cama y me levantó, luego me reacomodó y me sentó en su pene con desesperación. Gemí de placer cuando su pene se introdujo en mi página y calmó su hambre. Inmediatamente comencé a mecarme y a subir y bajar. Dante se inclinó y lamió uno de mis duros pezones, mientras que con una mano presionaba mi espalda para saborear todo lo que pudiera de mi seno.

Subía y bajaba cada vez más rápido mientras que Dante movía las caderas en círculos para estimular mi punto G. Mi vagina succionaba su

pene como si nunca hubiese deseado a otro. Había deseado a otros hombres, claro, pero el deseo que sentía por Dante era diferente. Era como si sintiera una necesidad interior de él, no únicamente de su cuerpo, sino de él. De su voz, de su mirada, su rostro, su tacto firme... De todo lo que él era.

—Joder, Fiamma... —jadeó. De repente, sacó su pene de dentro mío y me acostó boca abajo. Se subió arriba mío y volvió a penetrarme, esta vez con más intensidad y fuerza. Cerré los ojos de placer y comencé a gemir. Más que gemir, gritar. Todo mi cuerpo estaba sudando, en especial mi espalda y mi cuello. Mi cabello estaba húmedo y alborotado, con un mechón en casa dirección.

—Aaaah... Dante..., más fuerte —le pedí entre gemidos y la respiración agitada. Abrí los ojos para comprobar que me oyera, y me sorprendí al encontrarme con sus ojos brillosos y fijos en mí

Nunca, nadie, jamás, me había contemplado mientras me follaba.

—No me mires —le ordené.

—No puedo dejar de mirarte nunca, no me pides que deje de hacerlo justo ahora...

Me quedé muda, no supe qué decirle y estaba demasiado excitada y al borde del estallido para pensar. Me sorprendió tanto que inclusive me sonrojé y desvié la mirada. Dante colocó una mano en mi mejilla y me movió suavemente la cabeza para que lo mirara.

—Quiero que confíes en mí.

—¿Qué?

«¿A qué se refiere?», me pregunté confusa.

—Quiero que confíes en mí —repitió con un tono firme pero suave. Sus ojos negros estaban centelleantes de deseo y placer.

Dante aceleró el ritmo y frunció el ceño. Yo me estremecí y mis paredes se contrajeron. Le gané y me corrí antes. Mi orgasmo únicamente hizo que Dante se excitara más y se corriera segundos después, acompañado de un gemido fuerte. Todo su musculoso cuerpo estaba sudando y su cabello se encontraba húmedo y despeinado, igual que mi inferior.

Dante se hizo a un lado y se acostó a mi lado, intentando regular la respiración agitada. El pecho le subía y bajaba con violencia. A pesar de nuestro cansancio y nuestros cuerpos débiles, se sentía una agradable paz en el ambiente, cargado de placer y satisfacción, como cuando haces algo

que sabías que te haría bien incluso antes de hacerlo. Algo que sin dudas, te relaja hasta las entrañas.